

# LOS SESENTA

CeDInCI



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

MEXICO, 1965

# LOS SESENTA

REVISTA LITERARIA

Lo dice el título. Esta revista se publica durante la sexta década del siglo y sólo colaboran en ella quienes hayan o hubieran cumplido sesenta años. Cuidan de ello y de ella:

RAFAEL ALBERTI

VICENTE ALEIXANDRE

DÁMASO ALONSO

MAX AUB

JORGE GUILLÉN

*Secretario de Redacción:*

BERNARDO GINER DE LOS RÍOS

*Editada por*

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esquina Argentina y Guatemala

MÉXICO 1, D. F.

Toda la correspondencia a

Euclides, 5-3

México 5, D. F.

LOS SESENTA

CeDInCI

# LOS SESENTA

CeDInCI



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

MEXICO, 1965

Todas las colaboraciones son propiedad  
de los autores

Queda prohibida su reproducción

CeDInCI

© 1965. Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos  
Sucs. Esq. de Argentina y Guatemala. México 1, D. F.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

## DOS RETRATOS

CeDInCI

NATALIA

Aquella Diana adolescente que huía de ella misma sin más pasión ni sueño que la aurora, se ha ido formando, poco a poco. Mujer de hilos sutiles, al abrirse plenamente ha surjido despejada y pacífica la flor natural, ha surjido su cuerpo de su alma. No sé de nadie que tenga un cuerpo más igual a su alma.

Sí, Diana cazadora, todavía con el sofoco del bosque, ha entrado en su casa y se ha sentado en el hogar. De sus correrías conserva la fuerza medida con la montaña, la plena belleza mirada en el espejo de la nieve, el color del sol, la gracia sin afeite de los árboles. . .

Hoy, de negro, como una Dolorosa del Renacimiento, en donde la idea cristiana está sin estar ya o sin estar aún, noblemente adusta y recojida, sin aparato, es la columna de paz de la casa. Seria, lisa, sencilla, despejada, con la luz de su frente abierta, aclara toda confusión.

Habla lo justo. Mira lo necesario. Se detiene lo preciso. Da lo suficiente. Si hubiera que nombrarla de nuevo no habría más que copiarle el nombre de su frente: la nobleza.

J. R. J.

ALBERTO JIMÉNEZ FRAUD

*Va y viene*

Tiene, domador, dos jaulas: una fuera y otra dentro. Y a un tiempo, en el centro de las dos, doma y sufre, con una amenaza constante de coces y zarpazos de dentro y de fuera. Pocos serán los que no se reconozcan en alguna huella de herradura o de colmillo de su carne fina. Pero como él toma la vida en ¡oh, Apolo!, contesta con Shelley.

Último amor de Don Francisco Giner, aquel San Agustín que algunos, que no le conocieron, tomaron por un San Francisco de Asís. Como entre los dos hubo cariño, ambos pudieron darse ejemplos, uno desde su ocaso y otro desde su aurora, mirando los dos al cenit. Es el vivo y más patético caso del quiero y no puedo, aunque merezca cuanto quiere y cuanto puede y no puede. Y se tiene que conformar, sin conformarse, con la corona de perejil que a él no le gusta, que se pone en flor y en estrella, soñando, sufriendo y, a veces, llorando.

*Envío íntimo*

Tremola contra el lego rapado de corbata blanca y lavable —palabra de miel aprendida por decímetros— la bella corbata de raso de tu libertad. Grita en el sueño de tu voz, y atrinchera con dinamita la granada abierta de tu costado ausente.

*J. R. J.*

CeDInCI

PEDRO BOSCH-GIMPERA

DON FRANCISCO  
GINER DE LOS RÍOS

CeDInCI

CeDInCI

CINCUENTA años de la muerte de don Francisco Giner de los Ríos. Con este motivo la Corporación de antiguos alumnos de la "Institución libre de Enseñanza", del "Instituto Escuela" y de la "Residencia de Estudiantes" de Madrid ha celebrado un emotivo acto de conmemoración en México y otro análogo ha tenido lugar en Madrid por los miembros de la Corporación allí residentes. Se ha recordado la vida ejemplar del Maestro, las persecuciones de que fue objeto juntamente con otros profesores liberales de España al principio de la Restauración y la fundación de la "Institución" —en que siguieron su magisterio los profesores destituidos por el ministro reaccionario Orovio— de la que fue él el alma y que tanto contribuyó a transformar la intelectualidad española, educando generaciones de alumnos —de una de las cuales salió la que hoy le ha dedicado un fervoroso recuerdo en el exilio de México.

Aquel movimiento quería iniciar la formación de núcleos de españoles de refinada mentalidad y de alto sentido moral e intelectual que fuesen luego "fermentos" para la transformación de la sociedad española, a la que la frustración de la acción política liberal por el peso de las fuerzas reaccionarias y la ineficacia del Estado impedía incorporarse al mundo moderno. Con don Francisco bajaron con entusiasmo los mejores hombres de la inte-



lectualidad española de su época o con él estuvieron en relación, cualquiera que fueran sus tendencias políticas o religiosas, en un ambiente de tolerancia, de respeto a la personalidad, de profundo sentido ético y de contacto con las mejores corrientes del pensamiento y de la educación europeas: Cossío, Altamira, Joaquín Costa, Menéndez Pidal, Francisco y Domingo Barnés, Antonio Machado, el doctor Luis Simarro, Bolívar y tantos otros que fueron sus colaboradores o amigos, aun viviendo lejos de él como en Cataluña el poeta Maragall, Pedro Corominas, José Pijoán y Joaquín Xirau.

Don Francisco, gran maestro universitario, filósofo y jurista ilustre, fue el alma del movimiento y comprendió que éste debía atender a la formación de las nuevas generaciones en todos sus grados y en todos sus aspectos, desde la escuela primaria, pasando por la secundaria a la Universidad y más allá, con el fomento de la investigación, sin olvidar la educación de nuevas generaciones de maestros de todos los grados. Primero con la Institución independiente de lazos estatales, fruto de la libre cooperación de sus hombres, luego, y cuando pudieron aprovecharse momentos favorables en el mundo oficial, se crearon instituciones que habrían de irradiar su influencia en todos los ámbitos de la educación y la cultura española. Así surgieron la Escuela Normal Superior, el Instituto Escuela, el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes y la Junta de Ampliación de Estudios. Se tuvo la fortuna de encontrar para agente siempre vigilante y abnegado de estas organizaciones a un hombre excepcional, don José Castillejo, secretario de la Junta.

La Escuela Normal Superior, que dirigió Cossío, con el Museo Pedagógico anexo, educó nuevas formaciones de maestros normales que poco a poco transformaron las demás escuelas de que salían los maestros primarios, así

como de aquella salieron los Inspectores de las Escuelas que extendían su acción a todo el país. La Junta de ampliación de Estudios anualmente envió grupos de maestros a visitar las mejores escuelas de Europa, así como organizaba cursos de perfeccionamiento en Madrid para los maestros de "provincias". Durante la República la Escuela Normal Superior dio lugar a la incorporación de sus maestros a la sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid y su ejemplo originó una sección semejante en la Facultad de Barcelona a iniciativa de Joaquín Xirau.

La arcaica y memorista enseñanza secundaria española experimentó una revolución benefactora con el Instituto Escuela, con sus pequeños grupos en que convivían los profesores con los alumnos, con sus clases al aire libre, las visitas a monumentos y museos, las excursiones al campo —que tanto recomendaba a todos don Francisco que tanto amaba la Sierra— sin los libros de texto a veces malísimos y que sólo servían para enriquecer a profesores poco escrupulosos. Luego, también en tiempos de la República, el Instituto Escuela fue el modelo para la creación de otros del mismo tipo en Madrid y en Barcelona, al multiplicarse los Institutos de segunda enseñanza, antes en número escaso (en Barcelona sólo había uno).

Las Universidades poco a poco se nutrían de antiguos pensionados de la Junta de Ampliación de Estudios que habían pasado tiempo considerable en los seminarios y los laboratorios de las universidades alemanas, en las de Inglaterra, de Francia o de Italia y que dieron lugar a una gran renovación universitaria. De ello se recogieron los frutos en la autonomía de las Facultades de Filosofía y Letras de Madrid y Barcelona que habían de preparar la reforma general de las Universidades y que en Barcelona se llevó a cabo con la Universidad autónoma que sa-

tisfizo el anhelo de los universitarios y los intelectuales de Cataluña para que su universidad no viviese de espaldas al país. Aun en la autonomía de la Universidad de Barcelona se recogía el espíritu de don Francisco, llevando a la práctica muchas de sus orientaciones y con la colaboración en su Patronato —a la vez representante del gobierno de la República y del de la Generalidad de Cataluña— de hombres de la Institución como don Francisco Barnés, Américo Castro, Cándido Bolívar y el mismo doctor Marañón que pertenecía al círculo intelectual que había tenido grandes relaciones con don Francisco.

La Residencia de Estudiantes de Madrid —de la que fue el genio tutelar Alberto Jiménez Frau— implantaba algo parecido a los colegios de las Universidades inglesas adaptado al ambiente español, con la convivencia en ella de profesores que allí residían, de estudiantes, de opositores a cátedras o de jóvenes investigadores. Se organizaban conferencias, conciertos, cursos y prácticas de laboratorio y allí vivían los maestros que asistían a los cursos especiales de perfeccionamiento organizados por la Junta para los de “provincias”. En aquel ambiente de camaradería y de distinción espiritual se formaba una solidaridad entre todo el mundo intelectual y a sus comidas asistían distinguidas personalidades.

Obra de enorme trascendencia fue la creación del Centro de Estudios Históricos y la ayuda de la Junta —que presidía Ramón y Cajal— a instituciones de investigación ya existentes como el Museo de Ciencias Naturales que dirigía Bolívar, creador de una brillante escuela de naturalistas. El Centro de Estudios Históricos dirigido por don Ramón Menéndez Pidal tuvo grupos consagrados a la Filología y la Literatura españolas —con don Ramón, Américo Castro, Salinas— a la arqueología y al arte españoles —con don Manuel Gómez Moreno y don Elías Tormo— a

la Historia de España y a la del Derecho español —con don Eduardo de Hinojosa y Claudio Sánchez Albornoz—, a los estudios semíticos —encomendado a los renovadores de estos estudios en España, Ribera y Asín— a los referentes a América —con don Rafael Altamira. Con todo ello la modernización de la investigación de todos los ramos de la ciencia en España fue efectiva. Ella había sido un tiempo desconocida en absoluto en las universidades españolas, en las cuales, si habían existido maestros eminentes, ellos formaron escuela gracias a su labor individual —recordemos los principios heroicos de la labor de Ramón y Cajal— mientras sus compañeros, típicos representantes del profesorado burocratizado, repetían mecánicamente sus libros de texto y a través de exámenes preparados en unas cuantas noches de vela, fabricaban profesionales de mediano nivel.

Y no hay que olvidar que la Junta de ampliación de Estudios intervino en enviar a las universidades extranjeras profesores de castellano que casi todos habían salido de sus instituciones o habían sido sus pensionados.

Fue pues inmensa la trascendencia de la obra y la personalidad de don Francisco Giner de los Ríos. Pero su gran valor humano dejó profunda impresión en cuantos le conocieron. Eran su bondad y su modestia notas sobresalientes de su personalidad. Profesor universitario, sustituía a un maestro que se veía imposibilitado, llamaba a su despacho a los jóvenes inquiriendo sus aficiones y sus aptitudes, despertaba vocaciones y orientaba su trabajo.

Séame permitido recordar lo que debo a mi trato personal con el Maestro. Estudiante del doctorado en Derecho, desconocido todavía por él, a causa de una modesta intervención al discutirse un tema de Filosofía del Derecho, me llamó interesándose por cuáles eran mis intereses en el estudio, entonces la filología griega y la cultura clásica.

Fui luego a verle a la Institución y me recomendó libros. Presentado por él al doctor Simarro que tenía una gran biblioteca que pude aprovechar ampliamente, en ella encontré libros de etnología que contribuyeron a fijar un aspecto de mi orientación. Y por primera vez en la clase de don Francisco oí el nombre de Wilamowitz-Moellendorf, el gran humanista de Berlín que al tratarle durante mi pensión en Alemania —que debía al mismo don Francisco y a don Eduardo de Hinojosa— había de ser mi orientador definitivo.

Al morir, Antonio Machado escribió en un poema inolvidable palabras que el Maestro hubiera pronunciado sin duda como despedida:

...Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.  
.....  
Yunques sonad; enmudeced campanas!

Aquellos yunques siguieron sonando. Luego se vieron forzados de interrumpir su voz. Y el “hermano Francisco”, que se fue por una “senda clara” y que en el Guadarrama “soñaba un nuevo florecer de España”, sigue esperando que vuelvan a oírse.

México (8 de febrero de 1965.)

PÍO BAROJA - J. R. JIMÉNEZ - PEDRO HENRÍQUEZ  
UREÑA - GENARO ESTRADA

CARTAS  
A  
ERMILO  
ABREU GÓMEZ

PÍO BAROJA

Madrid, 14 de enero de 1948

Sr. Don Ermilo Abreu Gómez.

Mi distinguido amigo y colega: Recibí hace tiempo su libro "Quetzalcóatl", pero le confieso que no lo he leído bien, porque he estado en este último tiempo reumático sin tener mucha fuerza en la cabeza. Todos los años me pasa algo parecido, tengo que ir trampeando haciendo una vida vegetativa. Claro que con setenta y cinco años no se puede esperar otra cosa ¡qué se va hacer! La vida es una mala broma y yo creo que cada vez va a ser peor. En el nuevo mundo puede que haya algo de optimismo, pero en este viejo mundo de Europa creo que no hay ninguno.

Saludándole atentamente es de Ud. afmo.

*Pío Baroja.*

Madrid 19 de junio, 1952

Sr. Don Ermilo Abreu Gómez.

Amigo y colega: He recibido su carta y su artículo de "El Diario del Sureste de Mérida". Muchísimas gracias.

Veo que tiene Ud. de mí como escritor mejor idea de la que tengo yo mismo. Los escritores casi todos somos egotistas, principalmente en los países que no hacen caso de ellos.

Yo he seguido mi camino a veces con dificultades y al llegar al final no sé realmente si el conjunto de mis libros vale algo o no vale nada.

Le saluda afectuosamente

*Pío Baroja.*

Calle de Alarcón, 12.

Madrid, 11 de enero de 1954

Sr. Don Ermilo Abreu Gómez.

Amigo y colega: Muchas gracias por haber organizado esa velada. No sé qué se dirá de los escritores españoles de hoy dentro de treinta o de cuarenta años. Quizá algunos que el público no está para recordar.

La vida se va haciéndose más pobre espiritualmente y el cine, el foot ball y otras cosas por el estilo son los que mandan.

La carta del alto poeta Juan Ramón Jiménez es muy simpática y amable para mí.\* Dele Ud. mis más expresivas gracias.

Yo vivo como un solitario un poco reumático y así van pasando los días y los años.

Le saluda muy atentamente

*Pío Baroja.*

Calle de Alarcón, 12.

\* JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Sr. Don Ermilo Abreu Gómez.

San Juan.

Mi querido amigo:

Me es muy grato adherirme al recuerdo vivo de Pío Baroja, en sus 82 años, que usted ha hospedado en este San Juan de Puerto Rico. Siempre fui buen amigo, un poco distante, del gran novelista español y siempre leí sus libros con verdadero y gustoso interés.

Entre los escritores de su edad, absurdamente llamados por Azorín jeneración del 98, este donostiarra pelirrojo, adusto y sonriente a un tiempo, tiene para mí el singular mérito de no ser castellanista, siendo, como es, vasco. Suele decirse por España que los vascos tienen la cabeza al revés que los demás españoles, pero ellos dicen que son los únicos que la tienen al derecho. En todo caso, Pío Baroja ha sido el menos acomodaticio de esa mal llamada jeneración, a las circunstancias sociales de su época; el de espinazo menos flexible. Si en una ocasión dijo vagamente que a España le estaba haciendo falta una dictadura militar, no aduló a gritos "¡Mi Rey, mi Rey!" a Alfonso XIII en el Ateneo de Madrid, ni defendió a Juan March en el diario madrileño "Luz", ni exaltó a Lister en un soneto valentón

en apariencia. Yo creo que todos los castellanistas españoles que no son de Castilla, escritores, pintores, músicos, etc., son unos diletantes, y creo además que ninguno de ellos espresó ni espresa a Castilla de ayer ni de hoy con esa picotería del casticismo, del hidalguismo, del eternismo castellanos. Más que políticos o místicos me parecen a mí pícaros; aunque no hay que olvidar que el Patio de Monipodio tenía también su capilla para rezo adjunto y su foro de sesiones.

¿Clasicismo, tradición, hispanidad? Yo, andaluz contento de serlo y de espresarlo, prefiero una casa blanca de grandes espacios lisos, huecos necesarios y sencillamente ordenada en lo demás, a todos los Partenones del mundo, y creo que es más clásica, más perpetua, más española que todos ellos y que cansará menos al tiempo. Ramón Menéndez Pidal señaló ya el hablar andaluz como vivero de hispanidades. Y estoy pensando ahora, como otras veces, que la mejor novela andaluza que yo conozco es "La feria de los discretos" de este vasco tan fino y penetrante que estamos recordando; novela directa, de observación aguda y sentimiento justo, sin alardes andalucistas tampoco, sin exaltación innecesaria de Andalucía. Pío Baroja escribió de cualquier rejión de España donde situara sus novelas, con la misma ecuanimidad e inteligencia; y escribe siempre como la naturaleza jeneral que él describe crece; no es campo peinado el terreno literario suyo. Una naturaleza toda cultivada en su descripción a lo Gabriel Miró, a lo Azorín, a lo Valle Inclán, tan lagoteros, sería insoportable como ejemplo. La naturaleza respetada o dejada nos da mayores sorpresas que la naturaleza correjida, y la naturaleza debe copiarse no para mejorarla sino para perdurarla, que ya ella se mejorará a sí misma, según le convenga. Creo que Pío Baroja será más leído en lo porvenir que

otros de sus compañeros de lugar y vida. Sus llamados descuidos sintáxicos los arreglará también el tiempo como arregló los de Santa Teresa, que no quiso arreglar el muy arador y conciente Fray Luis; y se leerá además con el mismo deleite renovado con que hoy se lee la vida de Santa Teresa, que ella, tan sincera, nos dejó.

Que Pío Baroja siga viviendo y escribiendo todos los años que él quiera poder vivir y escribir. Y gracias a usted, Ermilo Abreu Gómez, inquieto mejicano, por haberme dado escrito este año nuevo. Su amigo

*Juan Ramón Jiménez.*

San Juan, 1º enero, 54.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La Plata, 24 de octubre de 1928

Sr. Don Ermilo Abreu Gómez.  
México.

Muy estimado amigo:

Hace tiempo que conocía sus trabajos —por ejemplo, sus apreciaciones sobre teatro, sus artículos sobre Petto-ruti—, y celebro que haya deseado usted ponerse en comunicación conmigo, porque veo en usted uno de los talentos mejor orientados de México.

Su edición del *Sueño* de Sor Juana me parece excelente: tiene todo lo que requiere un poema de su especie, inclusive la explicación en prosa. Tiene razón al no conservar la ortografía de Sor Juana: mientras no se fije la ortografía de los siglos XVI y XVII en un diccionario especial que per-

mita ajustar las formas a una pauta, el conservar la ortografía de ediciones descuidadas como las de Sor Juana no tiene ningún valor.

Muy buena observación crítica la de la diferencia entre las *Soledades* y el *Sueño*. No es sólo (pero la proximidad de Góngora al Renacimiento está admirablemente observada) que ha pasado el tiempo, y que ha pasado, en efecto, llevando a los espíritus hacia el racionalismo, sino que Sor Juana es conceptista más que culterana: en ella, como en la mayoría de los poetas posteriores a 1640, las dos tendencias se unen; y ella es, a mi juicio, más *intelectual* que poeta.

Como de seguro a usted le interesarán observaciones de pormenor, le hago unas cuantas que he anotado al leer: buena idea la de señalar reminiscencias de Góngora; en los versos 22-23 notó otra (del *Polifemo*):

“Infame turba de nocturnas aves  
gimiendo tristes y volando graves.”

En el verso 54: ¿qué animal es el ex ministro de Plutón? ¿Es el mismo mochuelo-Nictimene? No me resulta claro; pero esto no es quizás sino problema mío.

La versificación es curiosa: abundan los versos de acento interior sólo en cuarta sílaba; por ejemplo: 258, 264, 290, 421, 477, 588, 599, 604, 631, 764, 780, 792. El 286 es ríspido. El 696 tiene acento en 4ª y 7ª sílaba, cosa rara: Dámaso Alonso, número Góngora de la RFE, ha probado que Góngora no los usó nunca. ¿No cabría otra lección? No poseo el tomo II de Sor Juana, así es que no tengo base textual que apoye esta mera suposición.

El verso 371: creo que debe leerse *si no*, separado; lo exige la buena acentuación, y en los gongorinos era fre-

cuente el *si no* como expresión adversativa (cf. verso 410). Verso 618: no creo que Sor Juana leyera a Descartes. El conocimiento del filósofo francés se consideró en los países españoles una gran audacia, ya muy entrado el siglo XVIII (por ejemplo, Gamarra en México). Además, toda la filosofía del *Sueño* es puramente escolástica, y, en vez del conocimiento que parte de la intuición elemental, dando por olvidado todo lo demás, Sor Juana quiere recorrer los conocidos grados y escalas de los escolásticos, sólo porque no puede abarcar el todo de un golpe, y formar así “la ciencia de los universales”. Todo es terminología de las Escuelas.

Verso 659: *visagra*, errata. 667: creo que se refiere a las potencias. 765-766: rima falsa para el oído castellano.<sup>1</sup> 835: *si no*, otra vez. 898: ¿no debe considerarse *Titán* errata por *Titón*? O *Titono*, como escriben otros. Góngora escribe *Titón* (*Soledades*, II, 395).

Sor Juana o sus editores, abusaban de la coma; pero ¿no debe temerse el extremo contrario? Reyes y Alonso son partidarios de la puntuación minuciosa en Góngora. Yo lo sería también para Sor Juana.<sup>2</sup>

La inexistencia del tomo II de 1691 creo que no es opinión mía, sino cosa probada. No tengo aquí mi bibliografía de Sor Juana, pero creo recordar que doy pruebas. Y ¿no sería posible reimprimir en México esa bibliografía? Usted podría hacerlo, poniéndola al día con notas suyas,

<sup>1</sup> Desde fines del siglo XVI sirven para reconocer a los andaluces, como el autor de *La Estrella de Sevilla* (que no es Lope).

<sup>2</sup> Hay que notar que la puntuación en las ediciones de Sor Juana es generalmente caprichosa o sigue reglas que hoy no usamos como esta (ed. Valencia, 1709): Decís, que fue liviandad... Con el favor, y el desdén... y que estorbarían al lector moderno si se observaran. La puntuación en una edición moderna tiene que ser muy distinta.

NOTA DE ALFONSO REYES: Mientras yo le escribo: ¿acepta Ud. que endose esta carta y también lo felicite? *Alfonso Reyes*.

en las monografías de Genaro Estrada. En México dudo que la posea otra persona que usted.

La explicación, en prosa, del poema, mucho más breve que la de Alonso para las *Soledades*, me gusta por breve. Quizás a veces omite demasiado: por ejemplo, debió mencionarse al mochuelo y a los murciélagos. A veces hay metáforas que no proceden de Sor Juan, como "Ante el altar de su silencio", de modo que lo metafórico se explica con lo metafórico y hay peligro de que quede tan oscuro como al principio. Y... "la hermética capilla de la noche se iba llenando de las pausas que se abrían entre las voces". No creo que diga eso Sor Juana (que era muy música): interpreto que los murciélagos y el mochuelo (supongo que efectivamente es el ministro de Plutón) componían solos la "capilla" (en el sentido de grupo de cantores, sino que aquí son "no canoros") que cantaba notas largas (las *negras* son largas, y supongo que *máximas* y *longos*, palabras que no andan ahora en la terminología musical, tienden al mismo efecto), con largas pausas. O tal vez usted haya querido decir eso mismo, pero la expresión metafórica me lo oscurece.

Felicitándole, y deseando ver nuevos trabajos suyos, de esta especie y de otras, quedo suyo

*Pedro Henríquez Ureña.*

Madrid, 20 de enero de 1933

Sr. Don Ermilo Abreu Gómez.  
Calle de Coahuila, 52-10.  
México, D. F.

Amigo mío:

Ya ha pasado el medio año de aquella carta que usted nos dirigió a Alfonso Reyes y a mí: una carta en común. Mis deseos fueron los de haberla contestado de inmediato; pero en mi espíritu se contradicen y chocan tantas cosas, que a veces no me decido a expresar lo que pudiera tomarse por un arrebato, o, contrariamente a esto, por una lánguida opinión. Estoy fatigado de asistir al fácil juego de los extremos, con su correspondiente cacería de los medios. La suya era una carta común en la que nos pedía que adivináramos la temperatura en que fue concebida, porque venía —así nos lo anunciaba su bondadosa amistad— a buscar la mejor sentencia y el mejor juez. Esto, querido amigo, es excesivo para mí, porque entre otras muchas razones no puede ser el mejor juez ni dar la sentencia perfecta, quien como yo, junto con la pasión por la amistad y la desbordada gratitud por el bien, se apasiona también contra la injusticia y se revuelve contra la perversidad. Mi difícil disciplina, seguida invariablemente por largo tiempo, para acallarme los impulsos, para frenar el ímpetu, para enfriar un temperamento siempre dispuesto a la lucha —a la lucha que no se debe confundir, no, con la fácil algarada, con la vulgar insolencia y con el pueril oportunismo de los explotadores de la vida, de la política y de las letras— no ha podido todavía vencer



a ese demonio nativo de la pelea que llevo en la sangre; y ya es mucho que haya debido callar tan largamente, tan lealmente a mis deberes y que haya encontrado en mis posibilidades espirituales el aceite suficiente para calmar el encrespamiento que a veces se producía dentro del marco de mi aparente indiferencia. Un juez, que, como yo, se decide a tomar partido en estos temas tan esenciales de la vida pública y espiritual, no puede ser ni indiferente ni desinteresado.

Yo no sé lo que dirá a todo esto Alfonso Reyes, con quien me ha hecho usted el honor de unirme en su carta y en su solicitud; pero diga lo que dijere, de antemano su juicio es para mí el de una auténticamente grande autoridad literaria y moral.

Cuando leí los juicios de usted, los encontré (debo corresponder a su confianza), los encontré personalmente situados en el terreno de las circunstancias de un momento tan fugaz y tan inconstante, que lo mejor que me ocurrió entonces fue poner a usted dos líneas aconsejándole abandonar alegremente ese empeño. Si no lo hice, fue porque en el fondo sé que puedo equivocarme y me parece mal que por mi consejo, lo más cordial que sea, se cometa un error. Yo soy decidido para afrontar las responsabilidades mías; pero mi espíritu es muy ondulante cuando se me presenta el caso de decidir lo que los otros deben hacer.

Cuando digo que los juicios de usted los encontré personalmente situados en el terreno de las circunstancias, no quiero con ello definir nada parecido a una equivocación. Me parece que es Ortega quien ha fijado por ahí lo consuetudinario de lo circunstancial y es claro, porque en realidad esto, que parece vario y diferente, es el hecho fijo en su misma variedad.

Cuando se sale de la casa nativa a respirar el aire del mundo, entendemos con más claridad nuestros propios

egoísmos. Usted nos habla en su carta de la "vanguardia", del "grupo" este o aquel. ¿Cuál grupo, qué vanguardia son esos que en el mundo no definen o deciden alguna cosa medianamente esencial o universalmente influyente?; porque era cosa de que ya la hubiera advertido cuando así se lastiman espíritus tan discretos como el de usted. Todo es relatividad y circunstancia, todo es medida y geografía. Vaya usted, de pronto, a su nativo Yucatán, o vaya al otro extremo, a Chihuahua, y ya verá cómo cambia la calificación de las cosas que parecen tan grandes o tan pequeñas en una ciudad, sin más perspectiva ni más planos de relación que los habituales, de una domesticidad peculiar. Nuestros pobres problemas literarios, ¿quiere usted situarse solamente en Arizona para ver lo que son? Ya ahí, en la misma frontera, habrá desaparecido no solamente el "problema", sino hasta el conocimiento de su existencia. Pues no le digo a usted lo que pasa retirándose un poco más. Nada, querido Ermilo, que cuando Ud. esté leyendo esta mi carta en febrero de 1933, habrá modificado algún punto de vista y —lo que es de más importancia— la que usted concede a esto que pasa en nuestras letras, o, mejor dicho, en cierto cercado de nuestras letras, que no es otra cosa, para decirlo de una vez, que un pobre juego de pequeñas acciones en donde, como en cualquier lío municipal, se mezclan apetitos también pequeños, inútiles envidias, desorientación imitativa, pequeños escamoteos en donde el público advertido divisa el truco, tópicos de importación y rijosidad en que no se distingue bien en dónde principia la literatura y en dónde la lucha "intelectual" por los mendrugos de la burocracia.

Sí, es claro que hay desorientación en estas generaciones; pero ¿es que no la hubo en las anteriores? ¿o ha existido la orientación definida y sistemática? No la distingo por más que procuro divisar en el pasado. En México, como

en muchos países, peculiarmente en los que se nos parecen, nunca ha existido la organización literaria, ni mucho menos la moral literaria organizada, aunque de cuando en cuando se hable de meter eso en carriles; pero se habla con la misma falta de precisión y hasta de intención de hacer las cosas bien, que siempre me recuerda esos anuncios de algunos "vivos" que al tomar posesión de un puestecillo informan a la prensa, con deseos de que los oigan las esferas que van a "reorganizar". Alguna experiencia tenemos allá de estos reorganizadores.

Lo que pasa, querido amigo, en México como en los más cultos países, es que entre la frondosidad de las pequeñas pasiones, de la esterilidad intelectual, de la pereza de los aspirantes a escritores, son unos cuantos los que cuidan de mantener la llama viva y toman en serio y con respeto el arte de escribir, que es cosa noble entre las mejores. Esos cuantos son los que la historia, la fama, o la opinión, distinguen y exaltan definitivamente cada cincuenta años. Lo demás muere, aunque se haya realizado entre gran alharaca, propaganda y escándalo. Muere por razón biológica, sin descendencia y sin herencia. Y todavía sería preciso añadir que, por lo general, el que trabaja y se obstina es el que triunfa, pasajera o largamente, pero triunfa. He aquí un defecto grave de nuestro medio, que es preciso que en él pongamos enérgicamente las manos: la pereza del intelectual. Nuestros escritores (siempre será necesario en estos casos apartar las plausibles excepciones con que contamos), a veces son muy inteligentes, con excelentes añadidos de finura, sagacidad, estilo, elegancia y brillo; pero desgraciadamente, en muy raras ocasiones se proponen escribir unas pocas líneas. Casi habría que obligarlos, con la debida protección, a que se decidieran a trabajar si quieren conservar el título de escritores.

Reconozco que nuestro ambiente está lleno de defectos; pero esto no es peculiar de México. Y distingo en este caso dos culpabilidades: una, la de los escritores que en el fondo no les interesa sino llegar a una situación (generalmente burocrática y politicaizante), a quienes se les da un pepino las ideas y sólo tienen el ojo avizor en el gesto de agrado o de enojo del superior, para aplaudir o agredir. La otra, la del cultivo de las pequeñas pasiones entre escritores, fomentado con propósito de un tercero, que casi siempre sale de la lucha sin otra huella que la que lleva oculta en la conciencia.

Y de todo esto los resultados como que van cayendo por su propio peso; decadencia de las normas morales, irrespetuosidad para el mérito, énfasis afirmativo de los más ignorantes y de los más inmorales, y confusionismo, exuberante confusionismo, para mezclarlo todo y para cometer con impunidad inmediata los más insolentes atropellos. El principiante que todo lo espera de cualquier suceso —sea quien fuere éste— está decidido en cambio a darlo todo; y el audaz, que explota con maña al principiante o al intelectual, sólo ejercita acciones de baja calidad.

Lo que hace falta, Ermilo, entre otras cosas, es *definición y decisión*. Definición para extraer del confusionismo y apartarlos del mal camino a quienes por ellos transitan a sabiendas; y decisión sólo para una cosa, una cosa muy simple, muy llana y muy provechosa: decir la verdad, valientemente pero sin pasión ni *parti pris*, decir la verdad a quien quiera enturbiarla, decir la verdad sin temor ni a la venganza, ni al atropello, ni a las malquerencias, ni a la audacia, ni al cinismo; porque por este camino que es de honradez y de rectitud es por el único por donde México y sus intelectuales pueden marchar limpios y hacia buena meta, para que nuestro país, tan merecedor de un excelente papel en el mundo —cosa hacedera por los pro-

pósitos de la *continuidad* en la acción— lo obtenga de pleno derecho, sin impertinentes alusiones.

*Hace falta una unidad y una continuidad de propósitos.* El día en que se logre clavar esta idea en la cabeza de todas las gentes de buena voluntad, estaremos salvados. Una unidad de propósitos de todo género, en todas las actividades, aún en las privadas. Y un plan (no político, no personal, no burocrático), un programa concreto o tácito, en donde las gentes exhibieran sus mejores proyectos para cumplirlos fielmente. En este programa ¡cuántas bellas apetencias intelectuales me vienen atropelladamente a la imaginación! ¡Qué de importantes elementos hay en México para realizar estupendos programas! ¡Y cuántas bellas capacidades se podrían unir en estos trabajos! Pero no, la gente de nuestro país es desconfiada y quizás con razón; su sensibilidad se amella, su pesimismo es un mar sin orillas. Para qué —dirán— empeñarse en estas cosas, si a lo mejor se presenta un audaz (de esos que no pueden perdonar que otros tengan talento) y lanza una declaración en el peor de los énfasis y hasta se ensaña por destruir las obras y las ideas más nobles.

Además, como que hemos olvidado que para estas cosas existe si no una justicia divina de esas que se invocan en los dramas, sí una sanción cívica y una opinión ciudadana; de donde resulta que como no se practica la sanción, el atropellador, una vez repuesto de su fracaso, se recobra, a los meses, o a los años, como si se tratara de la crisis semanal de una tifoidea, y vuelve a las andadas con el mismo ímpetu, hasta que execrado y condenado en silencio por las gentes, se retira y desaparece, para que su sitio lo ocupe otro igual o peor.

En estas cosas del trabajo intelectual, querido Ermilo, a mí no me duelen prendas. Por lo cual no me importa que, de pronto, germinen o desaparezcan mis esfuerzos.

Ya sé que si son buenos, el tiempo se encargará de la ardua sentencia, y que si son malos y equivocados, también vendrá algún día el fallo justiciero a declararlo. Mi mejor satisfacción, en el tema del trabajo intelectual, sería ver y poder contribuir a un México trabajador, serio, orientado, con programa y sin las pequeñas pasiones que prenden en el corazón de algunas gentes. Pero esto, que no es imposible, sí es difícil por el ambiente que nos hemos hecho y dentro del cual vivimos ya casi naturalmente. Este ambiente que asfixia toda idea de regeneración y mejoramiento, no tiene nada que ver con las letras ni con los escritores, por más que unas y otros salgan perjudicados. En una palabra y para terminar, querido amigo, si usted o cualesquiera otras gentes de buena voluntad y de recta intención buscan un mejoramiento en los propósitos y realizaciones intelectuales de México, el remedio hay que aplicarlo al más grande mal, al fundamental problema; porque una vez curado el total, todo será asequible para ir a los detalles. Y ese fundamental problema no es otro que el de variar con ánimo sereno y enérgico al mismo tiempo, una situación social en donde han naufragado los valores y sustituidose los principios. Cuando termine ese aplastamiento y esa cobardía de los hombres que con su cerebro pueden crear una nueva nación y vuelva a su espíritu el valor de ser ciudadanos, de llamar a las cosas por sus nombres y de alzar el látigo contra los mercaderes impunitos, el camino se volverá llano para un México respetado por toda la humanidad, para una nación en donde floreciera una vida pública sencilla y sobria, sin los dogmas —no discutidos, rígidos, primarios— en que hemos convivido indefinidamente.

Crea, mi querido Ermilo, en la sinceridad de los cordiales sentimientos con que soy su amigo afectísimo.

*Genaro Estrada.*

RAFAEL MARTÍNEZ NADAL

DON MIGUEL DE  
UNAMUNO

*Dos Viñetas*

CeDInCI

CeDInCI

*Primera viñeta.* (Salamanca, 30 de mayo de 1932.)

Carlos Morla ha contado <sup>1</sup> el viaje que él, Federico García Lorca y yo hicimos a Salamanca para oír a Federico leer en público su conferencia “Arquitectura del Cante Jondo”. Refiere Morla detalles de la excursión, el éxito de nuestro amigo, los paseos por la ciudad, hasta bien entrada la madrugada, en grupos de quince o veinte, la visita a la catedral acompañados, guiados por un erudito cicerone, trasunto del que tanto atolondró al lugareño matrimonio amigo de Obdulia en la magistral novela de Clarín. Pero Morla, debido al tono de comentario marginal que caracteriza su libro, extracto del valiosísimo diario que este fino escritor y diplomático chileno lleva desde hace más de sesenta años, omite las conversaciones que no le interesan o las que su profesión le vedaba reproducir. Así, al narrar la visita que hicimos a Unamuno el último día de los tres que pasamos en Salamanca, Carlos Morla precisa el efecto que le produjo el hombre. Ve en él “la noble majestad de los apóstoles de El Greco”, se fija en “la extraordinaria movilidad de sus ojos”, recibe la sensación de “cumbre alcanzada” y de “juvenil vejez”. Y sin embargo,

<sup>1</sup> *España con Federico García Lorca.* Aguilar, 1952. Págs. 252-262.

“le escucho mal —dice— por contemplar su magnífica cabeza” y, dos párrafos más adelante, “. . . de pronto mientras todos están pendientes de su palabra, me pregunto qué es lo que hay de verdad en eso de la superioridad de ciertos hombres sobre otros. . .” Mientras Unamuno habla, Morla piensa o dice pensar en otras cosas, pero al releer hoy, treinta y dos años más tarde, las notas que tomé de todo lo que vi y oí en aquella ocasión —práctica que hoy lamento no haber ejercitado con mayor regularidad— uno adquiere el convencimiento de que la divagación de Morla no es otra cosa que el velo de la discreción diplomática.

En efecto, sorprendimos a Unamuno saliendo de su despacho.

—Pasen, pasen ustedes; iba a echar estas cartas al correo y a dar un paseo, pero pasen un momento. —Y dirigiéndose a Lorca—. Ya me han dicho que ayer estuvo usted muy bien. Le felicito.

Unamuno se sentó ante su gran mesa, creo que espaldas a dos ventanales, Morla a su derecha, a su izquierda Lorca y los demás, diez o doce, formando amplio semicírculo. La visita, la presencia de un inesperado auditorio, parecía agrardarle.

—Sí, iba a echar estas cartas; entre ellas va un artículo que acabo de escribir para *El Sol*. Doy ahí otro aviso del mal camino que lleva la República. Lo de derechas e izquierdas, creanme ustedes, es arrullo para entontecer a las masas; a veces instrumento de incitación. Por eso a mí lo que me preocupa son los arrulladores, ¡y qué arrulladores!

Era evidente que Unamuno estaba en vena de monólogo, que íbamos a servirle de muro silencioso para el rebote de sus ideas.

—Sí, sí; riñanse ustedes. Ahí tienen a ese que llaman

prohombre de las derechas. ¿Quién es? Un epilóide de sacristía.

Lanzado el remoquete Unamuno no iba a detenerse en esta nota. Sabía que en el grupo que le escuchaba predominaban los republicanos y socialistas y, por lo tanto, contra las izquierdas irían sus diatribas aquella mañana, en especial contra Azaña, presidente del gobierno republicano-socialista. Uno de los jóvenes catedráticos que nos acompañaban se atrevió a interrumpir al maestro, tal vez con la deliberada intención de picar su invectiva.

—Pero don Miguel, no negará usted que Azaña. . .

—¿Qué —cortó Unamuno—, que tiene talento? Pues eso es lo malo, porque, entérense ustedes, Azaña es un resentido, y nada hay más peligroso en política que un resentido con talento. Eso es precisamente lo que digo en mi artículo, aunque pocos lectores lo entenderán. Si ustedes quieren se los puedo leer.

Rasgó el sellado sobre. Aprovechando el murmullo de asentimiento y expectativa, el catedrático que nos había llevado, gran amigo del maestro, cuchicheó a mi oído: “Se ha vuelto loco, está perdiendo un sello.” La alusión a una de las flaquezas del Rector humanizaba su figura.

Era el artículo de intención política que con el irónico título de “Escuela y despensa” apareció en *El Sol* de Madrid el 2 de junio de 1932. Leyó con singular maestría y recuerdo el tono agorero que dio al párrafo que va a continuación de su referencia a la novela de Ganivet “La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid”. “Pero figuraros que entra a conquistar el reino —o República, es igual— en vez de Pío Cid, que es una especie de Don Quijote, con una cabeza confusa, con un entendimiento brumoso, sobre un corazón y un sentimiento todos luz y nobleza, que entra una especie de Julián Sorel —el de *Rojo y Negro*, de Stendhal—, es

decir, una cabeza bien organizada, un entendimiento claro y cortante y frío, sobre un corazón torturado y resentido, y decidme lo que puede ocurrir.”

La alusión a Azaña resultaba ahora evidente. Unamuno veía en el presidente del gobierno republicano-socialista un Yago shakesperiano o un Julián Sorel stendhaliano de la República.

El artículo terminaba, o lo terminó aquella mañana don Miguel, con la frase “ahora llega el resentimiento”.

Miró en derredor, desafiador como un gallo, y luego, recostándose en el sillón:

—¡Azaña! Había en mi pueblo un hombre de quien todos huían sin que él supiera porqué. Un día tuvo que ir al médico y se enteró de la causa. Le olían las narices. Pues a Azaña le huele algo . . . y él no lo sabe.

Había dicho lo que indudablemente le gustaría que al día siguiente circulara por las tertulias de Madrid y Salamanca para aclarar el sentido de su artículo. Se puso en pie.

—Ahora, si ustedes quieren, vamos a dar un paseo por el Tormes.

Rodeando al maestro avanzaba el grupo por las calles de la ciudad con el paso lento y las frecuentes paradas que exige la conversación española. Ya en las afueras de la ciudad un campesino se cruzó con el grupo y saludó con voz clara:

—¡A la buena de Dios, don Miguel y compañía!

Unamuno se detuvo para darle la mano y preguntarle de dónde venía. No recuerdo bien el vocablo castizo que empleó el campesino, lo que sí recuerdo es que don Miguel volviéndose al grupo exclamó:

—¡Para que aprendan en las universidades!

Caminábamos ya cerca del Tormes. Unamuno proseguía su monólogo. Contaba ahora cómo tenía que andar todos

los días ocho o diez kilómetros, preferentemente por las cumbres de los montes o por las márgenes de un río.

—Por los montes, para sacudir la roña de las ciudades; cerca de un río para mantener siempre presente la diferencia y similitud que existe entre el quedar y el pasar.

Era fácil percibir que a García Lorca empezaba ya a cansarle tan incesante monólogo y que no estaba dispuesto a aceptar mucho más tiempo el papel de mero esucha en comparsa.

—Don Miguel, y cuando va usted a Madrid, ¿por dónde pasea? —preguntó Lorca.

—Hombre, no será por el Manzanares —se apresuró a decir otro.

—Pues, sí señor, por el Manzanares —replicó Unamuno—. El Manzanares es un río incomprendido e injuriado. Desde la Pradera hasta la Pedriza tiene rincones bellísimos. Y la Pedriza, ¡qué esqueleto roto de montaña! No, del Manzanares no se han dicho nada más que tonterías. Eso de “aprendiz de río” y otros chistes fáciles es pura incompreensión. Nadie ha sabido ver a ese pobre río.

Era el momento que Lorca esperaba.

—Alto ahí, Don Miguel —interrumpió Federico riendo—, que Lope en *Santiago el verde* dijo una cosa estupenda.

Unamuno se detuvo sorprendido y, un poco amoscado, se encaró con Lorca.

—Y, ¿qué es lo que dijo Lope?

—Pues esta maravilla que usted, Don Miguel, entenderá mejor que nadie.

Y cogiendo del brazo al maestro, recitó:

Manzanares claro,  
río pequeño,  
por faltarle el agua  
corre con fuego.

Unamuno sacó lápiz y cuadernito.

—Lorca, Lorca, eso no está nada mal. ¿Y dice usted que se encuentra en...?

Y mientras anotaba el título que le dictaba Lorca, uno de los del grupo comentó por lo bajo:

—Dentro de unos días, artículo tenemos sobre el Manzanares.

A partir de ese momento, el grupo se dividió en dos; uno alrededor del profesor, otro en torno al poeta. En el primero alguien elogió la memoria de Lorca.

—Tiene memoria, claro, y sabe recitar —sentenció Unamuno— porque es poeta. Sensual... demasiado sensual, pero poeta.

Once días después de esta escena, el 10 de junio, aparecía en el *El Sol* un artículo de Unamuno titulado *Orillas del Manzanares*. Recoge allí las garbosas redondillas del segundo acto en las que Lope, por boca de Lucindo, describe lo que eran aquellas fiestas de Mayo en tiempos de Felipe III. “Y luego esta perla”, dice Unamuno. La perla es precisamente la copla que en la comedia de Lope cantan los músicos y que Lorca le había descubierto.

*Segunda viñeta.* (Londres, King's College y Ye Old Cock Tavern, 20 de febrero de 1936.)

—¿Qué es lo que yo voy a decir aquí de esa no sé si mal llamada generación del 98 y de la cual, al parecer, me quieren hacer a mí responsable? ¿Qué es lo que hemos hecho? Palabras, nada más que palabras.

Así, con intencionada alusión a Hamlet, empezó don Miguel de Unamuno la primera de dos conferencias que se suponía iban a versar sobre “La generación del 98 y sus sucesores”, uno de los temas que le había sugerido el pro-

fesor Antonio Pastor, a la sazón jefe del Departamento de Español del King's College de Londres, y verdadero organizador y responsable del viaje de Unamuno a Inglaterra.

Aquella tarde, a la misma hora, la Facultad de Teología celebraba la segunda de sus dos conferencias anuales en memoria de Frederick Denison Maurice, el teólogo y erudito inglés del siglo diecinueve. A derecha e izquierda del hall de entrada, sendos encerados indicaban con grandes letras rojas el lugar de celebración de los dos actos. En el primero se leía: GRAND HALL HIS GRACE THE ARCHBISHOP OF YORK ON PERSONALITY IN THEOLOGY AND ETHICS; en el segundo: LARGE THEATRE SPANISH LECTURE by PROFESSOR UNAMUNO.

Día de gala en el Colegio. Profusión de levitas, calzones cortos y medias negras. Profusión también de personalidades cívicas: un ministro del gobierno, el *Lord Mayor* y el *Mayor* de Westminster, tres embajadores de habla española...

En el departamento de español no las teníamos todas con nosotros. La teología anglicana, ¿restaría mucho público a uno de los más declarados enemigos de toda teología? Los muchos alzacuellos anglicanos, morados o negros, ¿vencerían a aquel famoso alzacuello azul oscuro que era el chaleco de lana, alto de cuello que usaba Unamuno? El tema de la personalidad en la teología y en ética, ¿despertaría más interés que oír al hombre que había dedicado largos años de meditación al problema de la personalidad humana? Unos minutos antes de empezar los dos actos todavía se encontraban algunas sillas vacías en el *Grand Hall*, pero en el *Large Theatre* el público se sentaba por las escaleras o se apretujaba de pie por las entradas laterales o detrás de la última fila de asientos.



—Palabras, sí —insistía Unamuno—, porque en el mundo del pensamiento la palabra es la única creación posible. Toda mi obra no ha sido otra cosa que un esfuerzo por llevar a mis lectores la conciencia del contenido ideológico y pasional de cada palabra.

Hablaba sin notas, con las manos cruzadas a la espalda, o engolfadas en los bolsillos de la abierta chaqueta, o colgadas de las solapas. Hablaba en tono menor, pausadamente, y la voz débil, envejecida, imponía silencio.

—Claro que otros intentaron también, a su manera, despertar conciencias, y como yo, antes del 98, y no sólo en la Península. Ahí está en América Rubén Darío, entre otros, sobre todo el Rubén de la última época, el Rubén de *Cantos*; y entre nosotros, el inolvidable Ganivet, y tres o cuatro de los llamados krausistas, aunque por el nombre y capillita tenga yo mis reservas. Sí, antes del 98 éramos ya unos cuantos los que soñábamos con “un nuevo florecer de España”.

Yo había anotado ya las frases transcritas, pero profesores y alumnos esperaban, lápices en mano, importantes aclaraciones a un tema que salía con machacona insistencia en los cuestionarios de exámenes. El colega que se sentaba a mi lado había sabido resumir en breve fórmula todo lo que el orador había dicho hasta aquel momento: “Generación del 98 = palabras.”

—Soñábamos —seguía Unamuno— pero era un sueño vela, porque ahí estaba el asesinato de Rizal, y la guerra de Cuba, y la semana trágica de Barcelona.

Casual o intencionadamente el verbo soñar desvió lo que parecía rumbo inicial de su meditación. Discurría ahora sobre la historia política y literaria de la España del siglo xx, enjuiciaba con dureza hombres y sucesos, abundaban afirmaciones que se encuentran en sus ensayos y artículos, pero entre aparentes contradicciones y parado-

jas se dibujaba la línea central de lo que se proponía decir aquella tarde. Para Unamuno, al menos para el Unamuno del 20 de febrero de 1936, España vivía en permanente estado de guerra civil porque el español rehuye la verdadera y santa guerra civil: la que cada uno lleva, o debe llevar, dentro de sí, con su otro yo.

—Yo me levanté en aquel marasmo espiritual, y levanté mi voz sobre la garrulería política y teológica para avivar la conciencia de la personalidad de cada español.

Y unos minutos más tarde:

—Y aunque yo he explicado repetidas veces eso que llaman paradojas mías, por ejemplo, lo de paz en la guerra y guerra en la paz, todavía no lo han entendido o no lo quieren entender. Es la paz que encontró Jacob luchando con el ángel; la que encontró Sócrates luchando con su demonio; la que Prometeo y yo hemos encontrado luchando con el buitro del pensamiento.

Unamuno llevaba hablando unos cuarenta minutos y su voz, lejos de desfallecer, parecía rejuvenecida. Nadaba en el silencio y el silencio le exultaba. El profesor Pastor, sentado al lado del orador, frente al público, escuchaba con imperturbable gesto de atención, aunque los dedos jugaban incesantemente con su cadena de oro. Ramón Pérez de Ayala, embajador de España en la corte de San Jaime, medio dibujaba una sonrisa, pero el constante movimiento de su pierna cruzada traicionaba el nerviosismo... ¿En qué pararía todo aquello?

—A veces me pregunto si, a pesar de todo, no habrá sido de 1875 a 1923 cuando España ha vivido un periodo de relativa paz en la guerra, porque lo que ha venido después es el preludio de la guerra caínita.

Ese después era para Unamuno la dictadura de Primo de Rivera “porque —decía— allí empezamos los españoles a no oírnos a nosotros mismos, señal de que se va

a sacar afuera la guerra que se debe guardar dentro"; era la caída de la monarquía; era la República, y remachaba: "otro sueño de una España mejor que nos va despertar en el último acto de la tragedia".

La meditación llegaba a su término. Inclinada la cabeza, lentamente pronunció sus últimas palabras:

—No hemos sabido asomarnos al alma de la mocedad española y esa juventud es hoy masa que sigue a los energúmenos de ambos lados que predicán y encienden la guerra civil. Yo me he negado ya a hablar en público en España porque ahora nadie oye allí a nadie. El español ha confundido el gesto con el esfuerzo. Unos saludan así (y levantaba el puño en alto) y otros saludan así (levantando el brazo en el saludo fascista). Y España se hunde.

Y tras larga pausa:

—De otros sueños y despertares de la generación del 98 hablaré la próxima semana.

Siguió la ovación más entusiasta y sostenida que yo recuerdo haber oído en la Universidad de Londres. Aplaudían al hombre y a su obra, pero ¿le habrían entendido? En las cuartillas de mi colega seguía viéndose, como única anotación, la fórmula "Generación del 98 = palabras".

Aquella misma noche, los alumnos de español del King's College habían organizado una cena en honor del conferenciante. El lugar, *Ye Old Cock Tavern*, la dickensiana taberna de Fleet Street. Unamuno, su traductor inglés, Crawford Fritch, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Pastor y varios más, recorrimos a pie los quinientos metros que separan el King's de la vieja taberna del Gallo.

El salón de la planta baja, con sus delgadas columnas que fingen sostener las gruesas y bajas vigas de madera encerada, agradó a don Miguel, pero el agrado se con-

virtió en entusiasmo al subir al primer piso y ver las paredes cubiertas de viejos grabados, reliquias literarias y retratos de Pepys, Dickens, Thackeray, Tennyson y otros escritores que frecuentaron la taberna. Más de cien comensales, puestos en pie, ovacionaron la entrada del viejo Rector. G. J. Bruton, estudiante del último año, ofreció el banquete:

—Después de tanto leer y discutir "El sentimiento trágico de la vida", "Niebla" y "El Cristo de Velázquez", ha sido para nosotros motivo de particular satisfacción encontrarnos al fin con el Unamuno de carne y hueso.

La sinceridad del tono y el ligero acento inglés dignificaba lo obvio de la alusión.

—Nada podía haberme agradado más —empezó Unamuno—, que verme ahora rodeado de jóvenes estudiantes y de amigos ingleses y españoles, en esta vieja taberna del viejo Londres que tantos recuerdos me trae de mi infancia; porque Dickens fue una de mis primeras lecturas y los personajes de Dickens, y los lugares de Dickens fueron para mí tan familiares, quizá más familiares, que las personas y lugares del Bilbao de mi niñez.

Siguió hablando de sus lecturas inglesas y haciendo gala de sus conocimientos del Londres literario, pero pronto volvió a los temas españoles y a los autores del 98. Su discurso fue una continuación de la conferencia del King's, en cierto sentido de carácter más literario que la conferencia, pero las alusiones políticas no podían faltar.

—Nuestra función en la vida pública, como dije antes, fue la de despertar conciencias. Esto lo pudimos hacer nosotros porque mantuvimos siempre nuestra independencia y libertad, al margen de los llamados intereses de partido —¡de partido!— o de gobierno.

Ramón Pérez de Ayala, que no parecía dispuesto a tolerar una repetición de lo ocurrido en el King's, bromea-

ba en voz alta con sus vecinos de mesa, interrumpía al orador y le llamaba amistosamente al orden.

—Ramón —dijo Unamuno—, usted me interrumpió porque no quiere que diga lo que voy a decir.

Nuevas interrupciones amistosas, pero con eco de tertulia madrileña. Pérez de Ayala, el admirable escritor y gran novelista —todavía no bien estudiado—, el sin par conversador, descubría, a veces, una faceta de señorito de provincia en Madrid, señorito de café, copa y puro.

—No tenga usted cuidado, Ramón, usted sabe que yo le aprecio y yo sé que usted comparte lo que voy a decir. Hay momentos en la historia de un país en que es preciso decir verdades que no agradan y estas verdades sólo las podremos decir los escritores libres. Pero no seguiré por este camino.

El discurso terminó sin nuevas interrupciones y Unamuno, cogiendo a Pérez de Ayala del brazo, salió de la Taberna del Gallo en medio de otra gran ovación.

De la segunda conferencia de Unamuno, dada el 27 de febrero, no conservo ninguna nota. Entre una y otra conferencia tuvo lugar el viaje a Oxford. Al regresar alguien le preguntó qué le había parecido la ceremonia de concesión del grado honorífico en la universidad oxoniense.

—¡Que los ingleses no saben pronunciar el latín!

Otro quiso saber la impresión que le había producido la vieja ciudad universitaria.

—Es también un impresionante bosque de piedras, pero me quedo con el mío, el de mi Salamanca.

Se ha lamentado la pérdida del texto de las conferencias que Unamuno dio en Inglaterra. No hay tal pérdida porque no hubo texto. Es lógico suponer que Ramón Pérez de Ayala no informaría detalladamente de lo que aquí dijo el viejo Rector, y que tampoco lo harían a sus res-

pectivos periódicos los corresponsales de prensa que asistieron a los actos. La única versión oficial del paso de Don Miguel de Unamuno por Londres es la que se encuentra en las notas del departamento de español del King's College, correspondientes al año académico 1935-36. Dice así:

*During this term also (lent Term) the Department was honoured by the visit of the veteran Rector of the University of Salamanca, Don Miguel de Unamuno, who spoke his introspective monologues (rather than lectured) before an enthusiastic and tightly packed audience.*

*The Union Universitaria... on the occasion of the visit of Professor Unamuno, organised a dinner at the Old Cock Tavern.<sup>2</sup>*

Buen ejemplo de como la verdad no está reñida con la discreción.

CeDInCI

<sup>2</sup> También en este trimestre (segundo del año académico) honró el departamento la visita del veterano Rector de la Universidad de Salamanca, Don Miguel de Unamuno, el cual pronunció sus monólogos introspectivos (más bien que conferencias) ante un apiñado y entusiasta auditorio.

Con motivo de la visita del Profesor Unamuno, la Unión Universitaria (Asociación de Esutdiantes de Español) organizó una cena en la Vieja Taberna del Gallo.

ESTEBAN SALAZAR CHAPELA

## MI TIPO

DESAHOGO AUTOBIOGRAFICO \*

CeDInCI

CeDInCI

\* Sin duda, lo último escrito por su autor, muerto en el exilio, como tantos colaboradores de *Los Sesenta*.

EL GRAN amigo Max Aub me pide algo autobiográfico para *Los sesenta*. Voy a complacerle con mucho gusto. Voy a hablar aquí de mi tipo físico, o más concretamente del efecto que produce a muchas personas mi tipo físico. Quienes me conocen personalmente se sorprenderán mucho de que yo me atreva a hablar de mi tipo, pero se sorprenderán porque no me conocen espiritualmente hasta el punto de saber una cosa: que yo, con una pluma en la mano, no le temo a nada ni a nadie, ni hay asunto a que no me atreva. Por otra parte, ¿no es nuestro cuerpo tan importante para nosotros como nuestra alma? “El cuerpo del hombre es sagrado”, decía Whitman, genial poeta que sabía siempre lo que decía o se decía. Con nuestro cuerpo hendemos el aire continuamente, con nuestro cuerpo nos abrimos paso en la vida, con nuestro cuerpo hablamos mucho antes de que pronunciemos ni una palabra... Digo que hablamos con nuestro cuerpo antes de que hablemos propiamente porque al entrar en cualquier sitio, sin que digamos esta boca es mía, ya está diciendo nuestro cuerpo algo de nosotros, algo superficial o profundo o indiferente, según sean los ojos de quienes nos ven por primera vez en ese momento.

Pero no quiero convertir esta confesión autobiográfica en una divagación vaga. Vayamos al caso extraordinario —permítaseme la inmodestia— de mi tipo. Resulta que

muchas personas creen cuando me ven por primera vez que ya me han visto antes, o creen que soy su amigo desde hace poco o mucho tiempo, o creen que yo no soy yo sino otro a quien ellos conocen. Consecuencia de esta creencia tan extendida en todos los países europeos que he visitado hasta ahora es el número considerable de personas que me saludan en todas partes sin haberme visto nunca. ¿Cómo es posible este fenómeno? ¿Qué hay en mi tipo de común pero a la vez de internacional (menos mal. . .) que hace que lo saluden o me saluden tantas personas en este mundo con la certeza de que lo conocen o me conocen? Citaré por el momento dos casos a modo de exordio: Estoy sentado en el *buffet* de la estación Victoria de Londres. Entra un matrimonio y se sientan los dos a unos quince pasos. Desde que se sientan y me han visto no me quitan ojo de encima. Dialogan y vuelven a mirarme. Como me conozco muy bien, como ya sé perfectamente el truco que gasta mi tipo sé que están hablando de mí y que me han tomado por otro. Y en efecto, el marido se levanta, viene a mi mesa y me pregunta: “¿Es usted míster Wallace?” “No”. “¿Qué parecido tan enorme. Mi mujer y yo hemos creído era usted un amigo nuestro. . .” Saliendo una mañana del Bank of Ireland en Dublín una señora de edad se me cuelga del brazo izquierdo y me pregunta cariñosamente: “¿Cómo le va?” En cuanto me vuelvo para contestarle la señora se da cuenta de su error y me dice: “Perdóneme. Creí era usted mi abogado. Se le parece usted muchísimo. Vive en esas casas de enfrente. . .”

Siempre que me ocurren estos percances siento deseos inmensos de conocer a la persona con quien me han confundido. Pero nunca he podido satisfacer curiosidad tan legítima. Me gustaría comprobar si hay en verdad ese parecido y si este parecido es físico exclusivamente, pues ya he llegado a sospechar que el rasgo o los rasgos míos

que confunden a tantas personas no son todos plásticos sino también anímicos, esto es, que no se confunden sólo por un tipo físico de hombre sino a la vez por algo espiritual, aunque la confusión comience por lo físico en proporción más o menos considerable. Es sabido que los hombres todos (también las mujeres) estamos hechos en series. Por esta razón la ciencia nos habla de tipos pícnicos, asténicos y atléticos, de rostros hipoplásticos, etc., etc. . . No hay nadie fuera de esas series. A una de ellas o a varias al mismo tiempo pertenecemos todos, independientemente de la originalidad individual que introduzcamos en la serie o las series con nuestro propio y único tipo. Más aun: esas series anatómicas están por encima de los rasgos raciales o nacionales. Estos rasgos —caucásicos, mongólicos, etiópico, etc.; ingleses, franceses, italianos, etc.— son todo lo más un detalle, un matiz dentro del modelado general y tiránico de la serie. Yo pertenezco como todo el mundo a una o varias series, a una raza, a una nación, pero nada de ello puede explicar mi anomalía.

¿Cuándo me di cuenta de esta particularidad tan singular de mi tipo? No la percibí hasta mis veintiséis años, hasta que fui a Madrid. Me habría sido imposible descubrir la original anomalía en mi ciudad natal, puesto que allí nos conocíamos todos o por lo menos nos veíamos todos pasar por la calle frecuentemente. Pero al llegar a Madrid me di cuenta de mi peculiaridad muy pronto. Una noche, todavía casi recién llegado, estaba yo esperando a un amigo en la esquina de Alcalá a Sevilla cuando se me acercó un joven oficial de húsares de la princesa, con su alto morrión de pelo o terciopelo y su uniforme brillante no recuerdo ahora si azul o verde. El oficial me tendió la mano sonriendo. Al notar mi expresión de extrañeza quedóse dudando y me preguntó: “¿No es usted el hijo del coronel. . .?” (dio un nombre que ya no recuerdo). Le

dije que no y se marchó. Este hecho me puso sobre la pista del fenómeno, pues ya había comenzado a notar que al pasar por delante de la terraza de los cafés me saludaban a veces con la mano, o con una inclinación de cabeza, o con el sombrero, personas que yo no conocía, personas que creían que me conocían o nos conocíamos. Un hecho en aquellos primeros tiempos de Madrid vino a confirmarme definitivamente la peculiaridad mía típica, quiero decir de mi tipo. En una presentación de varios amigos de mi edad en el vestíbulo de un teatro a un señor (no recuerdo ahora quién) de más edad que nosotros y de cierta importancia al llegar mi turno este señor me dijo estrechándome la mano con más efusión que a los otros: "Nosotros ya nos conocemos, nosotros ya nos conocemos". Yo no había visto nunca a este señor ni él tampoco me había visto nunca. Por cierto que este mismo hecho se me ha repetido en Viena hace pocos meses. En la presentación del personal español de la Atomic Energy Agency uno de los funcionarios allí de plantilla juraba que nos habíamos visto antes, aunque él no recordaba dónde. Haciendo los dos memoria llegamos a la conclusión de que no había habido posibilidad de que nos hubiéramos visto hasta ahora en ninguna parte. Pues creo debo aclarar que los chascos que se llevan tantas personas conmigo son de dos órdenes: quienes me toman por otro —como fue el caso del húsar, del matrimonio en la estación Victoria de Londres y de la señora anciana en Dublín— y quienes no refieren mi tipo a un tercero, quienes creen directamente que ya me conocen. Estos últimos casos son los más enigmáticos. Enigmáticos físicamente pero sobre todo psicológicamente.

Mientras viví en España creí que el hecho sólo podía ocurrirme en España y entre españoles, pues había llegado a creer que mi tipicidad era allí tan corriente y moliente que verme a mí era ver rasgos que llevaban más o menos

acusados muchos de mi compatriotas. Soy tan español (pensaba entonces), presento unos rasgos tan generales aunque irregulares de la raza que todo el mundo cree que ya me ha visto cuando me ve por vez primera. Pero al salir al extranjero vi que yo estaba equivocado de medio a medio. En el extranjero me viene pasando exactamente lo mismo. Hace todavía pocos días una chica me detuvo a pocos pasos de mi casa para preguntarme: "¿Es usted actor?" "No. ¿Por qué?" "Porque creí era usted un actor que vi la otra noche en el teatro." "¿En qué teatro?" —le pregunté con curiosidad. Pensé en seguida había llegado el momento de que yo viera a uno de los numerosos homólogos que tengo en este mundo. Iría a todo correr a ese teatro a conocerle. Pero por desgracia no pudo ser. "No sé —me contestó la chica—. Eran unas escenas que daban en la televisión..." Hace dos años me cercaron seis —¡seis!— jóvenes jovencísimas para preguntarme: "¿Cómo está...?" (y dieron un nombre que no recuerdo). "¿Quién es ese? Yo no le conozco" —les dije. Cuando las jóvenes percibieron su equivocación soltaron a reír todas de tal manera que me costó un rato largo averiguar por quién me preguntaban. Me habían tomado por el padre de un joven cantante o bailarín que actuaba con mucho éxito en el Palladium. También en estos últimos meses he tenido dos casos consecutivos de saludos al cruzarme con desconocidos, un hombre y una mujer, el primero en la calle, la segunda en el vestíbulo del correo de mi barrio. En estas ocasiones contesto siempre un poco vago, sin saber la efusión que deba poner en mi saludo, puesto que ignoro el grado de intimidad que estas personas tienen conmigo, o creen que tienen conmigo.

Pero recojamos algunas velas para evitar exageraciones. No crea el lector que siempre que salgo a la calle me saludan las multitudes, ni que a cada paso me detengan

en la calle para preguntarme algo creyéndome otro. El fenómeno me acontece de tarde en tarde. Pasan a veces meses y meses sin que nadie me saludase ni nadie me detenga. Pero también es verdad que raro es el año que mi tipo no dé lugar en un sentido o en otro al extraordinario percance, ya para mí tan habitual que ni siquiera lo tomo en cuenta. Tampoco tomo en cuenta las muchas veces que se clavan en mí miradas fijas, dudantes, interrogantes, miradas en las cuales veo claramente que se preguntan en esos momentos si me conocen o no me conocen.

El caso más sensacional y gracioso del género me ocurrió en plena guerra. Estaba esperando el metro en una estación de Londres. El andén se hallaba lleno de soldados y de jóvenes del servicio territorial auxiliar femenino, todas ellas con su bonito uniforme verde. De pronto, una de estas chicas, muy alta y muy agraciada por cierto, me divisa desde el grupo en que charlaba con otras, corre hacia mí a toda carrera, me abraza muy apretadamente y me pone un beso debajo de mi oreja derecha, para que éste de mi cutis, dicho sea de paso y ya que estamos de confesiones, en que soy superlativamente sensible. Tan rápido fue todo, tan por sorpresa me cogió el abrazo y el ósculo que ni siquiera pude corresponder como era lo obligado en el caso. Cuando la joven se desabrazó y me miró y vio bien mi rostro sonriente pero estupefacto dióse cuenta de su garrafal error, se puso colorada como un tomate y no sabía dónde colocar sus ojos. En esto llegó el metro. Entramos los dos en un coche y me senté a su lado. Sin despegar los ojos del suelo, sonriendo pero muy azorada, no dejaba de decirme como si se lo dijera a sí misma:

—Se parece usted tanto, se parece usted tanto...

—¿Y quién es ese caballero —le pregunté— a quien he tenido la inmensa suerte de parecerme tanto?

—El padrino de mi boda —me contestó.

Y en un movimiento freudiano de desposada extendió en su falda la mano donde brillaba el anillo de matrimonio.

—¿Y de dónde es ese caballero que tiene la suerte ya no tan inmensa de parecerme a mí tanto?

—De Edimburgo.

Ahí lo tienen ustedes. Era escocés.

Era escocés pero lo mismo podía haber sido galés, o irlandés, o francés, o belga, o americano del sur o del norte, pues mi tipo no para mientes en paralelos, ni en meridianos, ni en continentes, ni en naciones, ni en razas.

Ahora bien. ¿Cómo explicarnos esta singularidad de mi tipo? ¿Cómo es posible que mi tipo se parezca tantísimo al tipo de tantas personas en tantas y tan distantes partes? Ya he insinuado anteriormente que algo espiritual debe haber en estas continuas confusiones, que no basta lo físico para explicar que tantas personas me tomen por otro, ni mucho menos para explicar que tantas personas crean que ya me han visto sin haberme visto nunca. Mi alma tiene que intervenir de algún modo en estos repetidos chascos. Al menos mi interpretación del fenómeno es como sigue: un rasgo físico mío, un superficial y remoto parecido de uno de mis rasgos hace pensar a la persona en otra persona o le hace pensar que ese rasgo le es ya conocido y que me conoce, pero instantáneamente —esto que voy a decir ahora es de importancia suma—, instantáneamente interviene mi espíritu. Téngase en cuenta que ese rasgo mío no está muerto, que ese rasgo está iluminado continuamente por mi espíritu, de suerte que la persona se encuentra no sólo frente a un rasgo que le es conocido por cierta semejanza con alguien, sino también frente a un espíritu que le es asimismo conocido. Esto último puedo asegurarlo resueltamente porque sé muy bien que este espíritu mío es un espíritu por demás frecuente en lo malo como en lo bueno, es un espíritu que pudo brotar en cualquier sitio



del globo (a veces me pregunto si yo nací en una parte determinada, si yo no nací en todas), es un espíritu poco menos que sobrenatural a fuerza de ser natural, es lo humano en persona, es incluso lo demasiado humano en persona. ¡Si me conoceré yo! Por este espíritu me explico —de ninguna manera únicamente por mi tipo— que yo sea al mismo tiempo y con genuino desembarazo un abogado de Dublín, un mister que se llama Wallace, el padre de un bailarín o cantante de éxito, un actor de Londres, el padrino de boda de una chica inglesa del servicio territorial auxiliar y tantos otros como yo soy sin duda en toda la redondez de la tierra, aunque nunca haya tenido ni tenga oportunidad de topar con ellos. También me explico por la intervención de mi espíritu que muchas personas crean que ya me vieron antes cuando me ven por primera vez, puesto que la iluminación anímica de mis rasgos les es tan familiar como las respectivas tuyas, debido a que aquella iluminación está tocada de ubicuidad y también de ecumenidad. (Ecumenidad viene directamente de ecuménico, como saben todos los filólogos.)

Claro es, yo no puedo demostrar esta interpretación espiritualista del fenómeno extraordinario y universal de mi tipo. Pero si cupiera en mi caso la experimentación, si fuera posible meter por una temporada en mi cuerpo un alma distinta de la mía pondría la mano en el fuego a que nadie me confundiría entonces con nadie, ni nadie tampoco creería el absurdo de haberme visto sin haberme visto.

*Londres, 1964.*

JULIO TORRI

VARIA

CeDInCI

TRADUCCIÓN DE UHLAND

HOSPEDAJE

De un mesonero maravillosamente pacífico,  
fui ha poco el huésped;  
su enseña: una dorada manzana  
en una larga rama.  
Ha sido el bravo manzano  
junto al cual reposé;  
con fruta sabrosa y fresca agua  
me nutrió bien.

Vinieron a su verde casa  
varios huéspedes de ligeras alas;  
saltaban libres y festejaban  
y a cual mejor cantaban.

Hallé lecho de sabrosa paz  
en el muelle y verde prado;  
el posadero mismo me cubrió  
con su sombra fresca.

Pregunto ahora cuánto debo,  
menea sus ramas altas;  
sea bendito por siempre  
desde la raíz hasta la cumbre.

## ESCRITORES DE AYER

### MAETERLINCK

MAETERLINCK fue uno de los grandes pensadores modernos, al lado de Nietzsche y Tolstoi, de Hauptmann y de Shaw. Artista de los más exquisitos con que contaba el simbolismo francés, representa espiritualmente a su patria, Bélgica, con Georges Rodenbach, Van Lerberghe y Verhaeren.

Su obra es muy vasta: ha escrito bellos libros de ensayos literarios y filosóficos (*El tesoro de la Humilde, La Inteligencia de las Flores, etc.*) impregnados de suave misticismo y de la melancólica doctrina de los epicúreos. *Serres chaudes* es el título de la colección de sus poesías: poesías que semejan flores extrañas de un país de ensueño. Ha traducido y comentado a Ruysbroeck el incomparable, a Novalis y a Emerson.

Pero, de seguro que donde se halla el Maeterlinck genial y admirable, es sobre todo en su teatro. Octave Mirbeau lo lanzó al gran mundo de las letras europeas, a raíz de la aparición de la *Princesse Maleine*. De 1890 para acá se han sucedido sus obras maestras que le colocan junto a Ibsen y Sudermann, entre los grandes dramaturgos de nuestra época, y al lado de Gerardo Hauptmann y de George Bernard Shaw.

Maeterlinck ha sido de los más atrevidos buceadores del misterio. Los personajes de sus obras dramáticas son semejantes a sombras o fantasmas que obran como movidos por fuerzas extrañas y sobrenaturales. *La Princesse Maleine*, el *Príncipe Hjalmar*, Pelléas y la incomparable Mélisande ignoran de dónde vienen, y desconocen los insondables misterios que presiden sus destinos. Los personajes jamás hacen discursos y nada más tan lejos de las *tiradas* del gusto español, como esos diálogos desvaídos, sin frases brillantes, con la carencia ideológica y las repeticiones de un hombre que delira. La filosofía del drama de Maeterlinck se desprende como un vaho sutil. Este teatro admirable no es sino el tratamiento dramático del misterio que rodea nuestros destinos.

Los recursos habituales de la técnica de Maeterlinck son los presagios, los signos que preceden a las calamidades. Sus obras incluyen agonías de cisnes en los dormidos estanques, sombrías hileras de buhos que decoran las cruces del paisaje, estrellas errantes, ráfagas violentas que abren las ventanas de las oscuras estancias a las altas horas de la noche. El presentimiento es el *leit motiv* predominante en la sinfonía de *Maeterlinck*.

#### AFORISMOS

El mundo ha perdido su voluntad, y ya no es sino representación (con excusas para los amnes de Schopenhauer).

*La prostitución y demás artes liberales va de capa caída.*

No hay que ir al cine sin compañera que nos defienda de manos invisibles. Et., et., etc. . .

RAFAEL ALBERTI

SONETOS ROMANOS

CeDInCI

CeDInCI

CeDInCI

LO QUE DEJÉ POR TI

Dejé por ti mis bosques, mi perdida  
arboleda, mis perros desvelados,  
mis capitales años desterrados  
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,  
un resplandor de fuegos no apagados,  
dejé mi sombra en los desesperados  
ojos sangrantes de la despedida.

Dejé palomas tristes junto a un río,  
caballos sobre el sol de las arenas,  
dejé de oler la mar, dejé de verte.

Dejé por ti todo cuanto era mío.  
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,  
tanto como dejé para tenerte.

#### CAMPO DE'FIORI

Perchas, peroles, pícaros, patatas,  
aves, lechugas, plásticos, cazuelas,  
camisas, pantalones, sacamuelas,  
cosas baratas que no son baratas.

Frascati, perejil, ajos, corbatas,  
langostinos, zapatos, hongos, telas,  
liras que corren y con ellas vuelas,  
atas mil veces y mil más desatas.

Campo de'Fiori, campo de las flores,  
repartidor de todos los colores,  
gracia, requiebro, luz, algarabía...

Como el más triste rey de los mercados,  
sobre tus vivos fuegos, ya apagados,  
arde Giordano Bruno todavía.

#### VIDA POÉTICA

Siempre andar de bajada o de subida.  
Entrar, salir y entrar... Ir al mercado.  
¿A cómo están los huevos? ¿Y el pescado?  
Se va en comer y en descomer la vida.

Ir a los templos, ya la fe perdida.  
Sentirse el alma allí gato encerrado.  
Volver al aire... Beber vino aguado...  
Ir al río... y de nuevo a la comida.

Leer el diario y lamentar que todo  
si no es papel higiénico es retrete,  
crimen, vómito, incienso, servilleta.

Llorar porque no ha sido de otro modo  
lo que ya se fue en panza y en moflete...  
Esta Roma es la vida de un poeta.

#### AL FIN

Eres de Roma experto y bien experto  
y más porque llegó la primavera.  
Vas por las calles con la lengua afuera  
y un botellón de vino al descubierto.

Vas Via Giulia sin cruzarla tuerto,  
vas Monserrato sin salir de acera,  
vas peatón perdido a la carrera,  
vas Lambrusco y Verdicchio y no vas muerto.

Vas Foro y vas columna de Trajano,  
vas Culiseo, aunque no esté muy sano,  
vas Cúpula, aunque es cúpula infinita.

Todo te ensarta, todo te empitona,  
juras por Baco, el Papa, la Madona...  
Y en Roma al fin haces la dulce vita.

Te quiero imaginar, señor Pasquino,  
como siempre, lanzando puteadas,  
siendo hoy el blanco de tus pasquinadas  
un tal Alberti que hasta Roma vino.

—Dicen que es español, que es florentino,  
que de andar las pelotas tiene hinchadas  
y que expuestas serán y subastadas  
desde piazza Navona al Aventino.

Dicen que viene con las pretensiones  
de coronarse emperador romano  
y sentarse en la silla gestatoria

y que para evitar explicaciones  
anda con una loba en una mano  
y en la otra mano una jaculatoria.

—Basta, señor Pasquino, porque advierto  
que lo que me atribuyes es muy cierto.

Roma te acecha, Roma te procura,  
a cada instante te demanda Roma,  
Roma te tiene ya, Roma te toma  
preso de su dorada dentadura.

Quieres huir, y Roma te tritura,  
no ser, para que Roma no te coma,  
pero Roma te traga, te enmaroma  
y hunde en su poderosa arquitectura.

¿Qué hacer, qué hacer, oh Roma, en tal estado,  
ingerido por ti, desesperado,  
nula la lengua, nulo el movimiento?

Si tanta admiración por tanto arte  
le sirve a Roma para devorarte,  
pasa por Roma como pasa el viento.



ANDRE MALRAUX

EN EL TRASLADO DE LAS CENIZAS  
DE JEAN MOULIN AL PANTEÓN,  
EL 19 DE DICIEMBRE DE 1964.

CeDInCI

CeDInCI

Señor Presidente de la República:

He aquí que, hace más de veinte años, Jean Moulin salió un día de diciembre, sin duda parecido a éste, para ser arrojado en paracaídas sobre tierra de Provenza, y llegar a ser jefe de un pueblo nocturno.

Sin esta ceremonia ¿cuántos niños franceses sabrían su apellido? Él mismo no volvió a dar con él sino para ser muerto; desde entonces han nacido diez y seis millones de niños...

Acaben las conmemoraciones de las dos guerras por la resurrección del pueblo de sombras que este hombre animó y simboliza y que trae consigo, como humilde guardia solemne, alrededor de su cuerpo inerte.

Tras veinte años, la Resistencia se ha convertido en un mundo de limbos donde la leyenda se mezcla con la organización. He aquí cómo di con el sentimiento profundo, orgánico, misterioso que alcanzó desde entonces acento legendario. En un pueblo de la Correze, los alemanes habían matado unos guerrilleros; dieron orden al alcalde de enterrarlos secretamente, al amanecer. Es costumbre, en esa región, que cada mujer asista al sepelio de cualquier muerto del pueblo, de pie en la tumba de sus familiares; nadie conocía aquellos muertos; alsacianos. Cuando llega-

ron al cementerio, a hombros de nuestros campesinos, bajo la guardia amenazadora de los fusiles ametralladores alemanes, la noche —que se retiraba como el mar— descubrió a las mujeres de Correze, siempre de negro vestidas, inmóviles, de lo alto a lo bajo del monte, esperando silenciosas, cada una en la tumba de los suyos, el enterrar de los muertos franceses. Este sentimiento, que requiere la leyenda sin el que la Resistencia no hubiera sido —y que hoy nos reúne—, es, tal vez, sencillamente, el acento invencible de la fraternidad.

¿Cómo organizar esta fraternidad y hacer de ella un combate? Sábese lo que Jean Moulin pensaba de la Resistencia cuando fue a Londres: “Sería absurdo y criminal no utilizar, en caso de acción aliada en el Continente, estas tropas dispuestas a los mayores sacrificios, dispersas y anárquicas, pero que pueden, mañana, constituir un ejército coherente de paracaidistas ya en sus lugares, conociendo el terreno, escogido su adversario, determinado su objetivo.” Era también la opinión del general de Gaulle. Sin embargo, cuando, el primero de enero de 1942, Jean Moulin fue lanzado en paracaídas, en Francia, la Resistencia no era todavía sino un desorden valeroso: prensa clandestina, fuente de informaciones, conspiración para reunir esas tropas todavía inexistentes. Esas informaciones estaban destinadas a éste o aquel aliado, esas tropas se alzarían cuando desembarcaran los Aliados. Evidentemente, los resistentes eran combatientes fieles a los Aliados. Mas querían dejar de ser franceses resistentes y convertirse en la Resistencia francesa.

Por eso fue Jean Moulin a Londres. No sólo porque allí había combatientes franceses (que pudieron no haber sido sino una legión), no sólo porque una parte del imperio se había mostrado solidaria con la Francia Libre. Si vino a pedir al general de Gaulle dinero y armas, venía tam-

bién a pedirle “una aprobación moral, enlaces frecuentes, rápidos, seguros, con él”.

El general asumía entonces el *No* del primer día; el sostén del combate, fuera cual fuese su lugar, fuera cual fuese su forma; es decir: el *destino* de Francia. La fuerza de los llamamientos de junio de 1940 no dependía tanto de las “fuerzas inmensas todavía vírgenes” como de la necesidad “de que Francia debe estar presente en la victoria. Entonces reencontrará su libertad y su grandeza”. Francia y no sólo tal o cual legión de combatientes franceses. Era por la Francia Libre que los resistentes de Bir-Hakeim se conjugaban, formaban una Francia combatiente, siempre *presente* en el combate. Cada grupo de resistentes podía legitimarse por el aliado que le armaba y sostenía, o por su solo valor, pero únicamente el general de Gaulle podía llamar a los movimientos de Resistencia a la *unión* entre sí y con todos los otros combates, porque era a su través sólo que Francia libraba un solo combate. Por eso — aun cuando el presidente Roosevelt creará asistir a una rivalidad de generales o de partidos — el ejército de África, desde la Provenza a los Vosgos, combatirá en nombre del “gaullismo”— como lo harán las tropas del partido comunista. Por eso Jean Moulin llevaba, en el doble fondo de una caja de cerillas, la microfoto de la muy sencilla orden siguiente: “Monsieur Moulin tiene como misión, en la zona no directamente ocupada de la metrópoli, la *unidad de acción* de todos los elementos que resisten al enemigo y sus colaboradores.”

Inagotablemente, muestra a los jefes de grupos el peligro que entrañaría la ruptura de la Resistencia entre tutores distintos. Cada acontecimiento capital —entrada en la guerra de Rusia y, después, de los Estados Unidos, el desembarco en Noráfrica— refuerza su posición. Desde el desembarco, es evidente que Francia será teatro de

operaciones. Pero la prensa clandestina, las informaciones (aun enriquecidas por la "infiltración en las administraciones públicas") están a escala de la ocupación, no de la guerra. Si la Resistencia sabe que no liberará a Francia sin los Aliados, ya no ignora la ayuda militar que su unión puede aportar. Poco a poco ha aprendido que si es relativamente fácil dinamitar un puente, no es menos sencillo repararlo; en cambio, que si le es fácil a la Resistencia destruir doscientos puentes, le es difícil a los alemanes repararlos a la vez. En una palabra, sabe que una ayuda eficaz a los ejércitos de desembarco, es inseparable de un plan conjunto. Es necesario que en todas las carreteras, en todas las vías férreas francesas, los combatientes clandestinos desorganicen metódicamente la concentración de las divisiones acorazadas alemanas. Y que tal plan de conjunto sólo puede ser concebido y ejecutado por la unidad de la Resistencia.

En ello se emplea Jean Moulin, día a día, afán tras afán, de un movimiento de la Resistencia a otro: "Y, ahora, intentemos calmar las iras vecinas..." Existían, inevitables, los problemas personales; y todavía más, la miseria de la Francia combatiente, la exasperante certeza, para cada grupo de guerrilleros o cada grupo-franco, de ser despojado en beneficio de otros solevantados a la misma hora, por idénticas ilusiones... ¿Quién sabe todavía hoy del encarnizamiento que hizo falta para hablar idéntico lenguaje a maestros radicales o reaccionarios, a oficiales reaccionarios o liberales, a trotskistas o comunistas de vuelta de Moscú, prometidos todos a la misma liberación o a la misma cárcel? ¡Qué rigor necesitó ante un amigo de la república española, ante un antiguo "prefecto de izquierda", licenciado por Vichy, para exigirles el acoger en el combate común a antiguos miembros de la *Cagoule!*

No necesita Jean Moulin de gloria usurpada; no creó *Combat*, *Liberation*, *Franc-Tireur*, fueron Frenay, d'Astier, Jean-Pierre Lévy. No creó los numerosos movimientos de la zona norte de los que la historia recogerá todos los nombres. Ni hizo los regimientos; pero hizo el ejército.

Atribuir poca importancia a las llamadas opiniones políticas cuando la nación está en peligro de muerte: la nación, no un nacionalismo, por entonces aplastado bajo los tanques hitlerianos, sino ese fundamento invencible y misterioso que iba a llenar el siglo; pensar que pronto dominaría las doctrinas totalitarias que retumbaban por Europa; ver en la unidad de la Resistencia el medio capital del combate por la unidad de la Nación era, tal vez, afirmar lo que después se ha llamado el "gaullismo". Era, sin duda, proclamar el sobrevivir de Francia.

En febrero, este laico apasionado estableció su enlace radiofónico con Londres desde la buhardilla de un presbiterio; en abril, el Servicio de Información y Propaganda, y, después, el Comité General de Estudios quedaban establecidos; en septiembre, la "infiltración en las administraciones públicas". Por fin, el general de Gaulle decidía la creación de un "Comité de Coordinación" que presidiría Jean Moulin, asesorado por el jefe del Ejército Secreto Unificado. La prehistoria había terminado. De Coordinador de la Resistencia en la zona sur venía a ser su jefe. En enero de 1943, el Comité Directivo de los Movimientos Unidos de la Resistencia (lo que, hasta la Liberación, llamaríamos los Muros) fue creado bajo su presidencia. En febrero, volvía a Londres con el general Delestraint, jefe del Ejército secreto, y Jacques Dalsace.

De esa estancia, el testimonio más conmovedor es el del coronel Passy.

"Vuelvo a ver a Moulin, lívido, sobrecogido por la emoción que nos embargaba a todos, a unos pasos del General,

y éste diciéndole, casi en voz baja: 'Cuádrese', y: 'Os reconocemos como maestro compañero, por la Liberación de Francia, en el honor y por la victoria'. Y, mientras de Gaulle le abrazaba, una lágrima, preñada de reconocimiento, de orgullo y de feroz voluntad, rodaba lentamente a lo largo de la pálida mejilla de nuestro camarada Moulin. Como tenía erguida la cabeza podíamos discernir, cruzándole la garganta, el rastro de su navaja de afeitar con la que había intentado, en 1940, evitar ceder a las torturas del enemigo."

Las torturas del enemigo... En marzo, encargado de constituir y presidir el Consejo Nacional de la Resistencia, Jean Moulin sube al avión que va a dejarle caer al norte de Roanne.

Este Consejo Nacional de la Resistencia, que agrupa los Movimientos, los partidos y los sindicatos de toda Francia, es la unidad precariamente conquistada, pero también la certeza de que el día del desembarco el ejército harapiendo de la Resistencia esperará las divisiones blindadas de la Liberación.

Jean Moulin reencuentra los miembros que reunirá tan difícilmente. Reencuentra también una Resistencia trágicamente transformada. Hasta entonces, había combatido como un ejército, frente a la victoria, la muerte, o el cautiverio. Empieza a descubrir el universo concentracionario, la certeza de la tortura. Desde entonces va a combatir cara al infierno.

Habiendo recibido un informe acerca de los campos de concentración dice a su enlace, Suzette Olivier: "Espero que nos fusilarán antes." No iban a tener necesidad de fusilarlo.

Crece la Resistencia, los refractarios al trabajo obligatorio pronto van a engrosar las guerrillas; también crece la Gestapo, la Milicia está en todas partes. Fue el tiempo

en el que, en el campo, interrogábamos el ladrar de los perros en el fondo de la noche; el tiempo en que los paracaídas multicolores, cargados de armas y cigarrillos, caían del cielo, a la luz de las hogueras, en los calvijares o en las mesetas perdidas; el tiempo de los sótanos y de esos gritos desesperados de los torturados con voces de niño... Empieza la gran lucha de las tinieblas.

El 27 de mayo de 1943, en París, en la calle du Four, se celebra la primera reunión del Consejo Nacional de la Resistencia.

Jean Moulin recuerda las metas de la Francia Libre: "Hacer la guerra, devolver su palabra al pueblo francés; restablecer las libertades republicanas en un Estado en que la justicia social no sea excluida, y que tendrá el sentido de la grandeza, trabajar con los Aliados al establecimiento de una colaboración internacional real en el plano económico y social, en un mundo en el que Francia habrá reconquistado su prestigio."

Luego, da lectura a un mensaje del general de Gaulle que fija, como primer objetivo del primer Consejo de la Resistencia, el *mantenimiento de la unidad* de esta Resistencia que él representa.

Y el peligro diario de la vida de cada uno de sus miembros.

El 9 junio, el general Delestraint, jefe del Ejército Secreto, por fin unificado, es detenido en París.

Ningún sucesor se impone, tal como es frecuente en la clandestinidad. Jean Moulin había dicho muchas veces, antes de la llegada de Serreules: "Si me cogieran no tendría ni tiempo de poner un adjunto al corriente..." Quiere pues designar ese sucesor, de acuerdo con los movimientos, principalmente los de la zona sur. Se encontrará con sus delegados el 21, en Caluire.

Efectivamente, le esperan.

La Gestapo también.

La traición hace su papel —y el destino, que determina que a los tres cuartos de hora de retraso de Jean Moulin, casi siempre puntual, corresponda un largo retraso de la policía alemana. Rápidamente, ésta se da cuenta de que detiene al jefe de la Resistencia.

En vano. El día en que, en el fuerte Montluc, en Lyon, después de haberle hecho torturar, el agente de la Gestapo le tiende con qué escribir, ya que ya no puede hablar, Jean Moulin dibuja la caricatura de su verdugo. Para lo que, terrible, sigue, escuchemos sólo las palabras, tan sencillas, de su hermana: “Su papel acabó y comienza su calvario. Escarnecido, bárbaramente apaleado, la cabeza ensangrentada, las partes reventadas, alcanzó los límites del sufrimiento humano sin traicionar nunca un sólo secreto, él que lo sabía todos.”

Comprendamos exactamente que durante los pocos días en que puede todavía hablar o escribir, el destino de la Resistencia depende del valor de este hombre. Como dice la señorita Moulin: lo sabía todo.

Georges Bidault le sucederá. Pero he aquí la victoria de este silencio pagada atrocemente: el destino cambia. ¡Jefe de la Resistencia, martirizado en sótanos horribles, ve con tus ojos desaparecidos todas estas mujeres de negro que velan nuestros compañeros! Llevan el luto de Francia, y el tuyo. Mira deslizarse —bajo los encinos chaparros del Quercy, con una bandera hecha de muselinas anudadas— los guerrilleros con los que la Gestapo no dará jamás porque sólo cree en los árboles grandes. Mira el prisionero que entra en una lujosa villa, y se pregunta por qué le dan un cuarto de baño —todavía no ha oído hablar de la “bañera”. ¡Pobre rey de las sombras, atormentado, mira tu pueblo de sombras levantarse en la noche de junio, constelada de torturas! ¡He aquí el estrépito de los tanques alemanes que

suben hacia Normandía a través de largas quejas de animales despertados: gracias a ti, los tanques llegarán a tiempo! Y cuando la brecha de los Aliados deja paso, mira, Prefecto, surgir en todas las ciudades francesas los Comisarios de la República —a menos que los hayan matado. Envidiaste, como nosotros, los vagabundos épicos de Leclerc: mira, Combatiente, tus desharrapados salir a cuatro patas de sus chaparrales y detener, con sus manos campesinas formadas por las bazucas, una de las mejores divisiones acorazadas del imperio hitleriano, la división *Das Reich*.

Tal como Leclerc entró en los Inválidos, con su cortejo de exaltación del sol africano y de los combates de Alsacia, entra aquí, Jean Moulin, con tu terrible cortejo: Con los que han muerto en los sótanos sin haber hablado, como tú, y aun, lo que tal vez es más atroz, habiendo hablado; con todos los uniformados, todos los rapados de los campos de concentración, con el último cuerpo trastabillante de las horribles filas de *Noche y Niebla*, caído por fin bajo los culatazos; con las ocho mil francesas que no regresaron de los presidios, con la última mujer muerta en Ravensbrück por haber asilado a uno de los nuestros. ¡Entra con el pueblo nacido de la sombra y desaparecido con ella —nuestros hermanos de la Orden de la Noche. . . !

Conmemorando el aniversario de la Liberación de París, dije: “Escucha esta noche, juventud de mi país, las campanas de aniversario que repican como hace catorce años. Ojalá las oigas ahora: van a repicar por ti.”

El homenaje de hoy sólo llama tu canción, que va a elevarse ahora, ese *Canto de los Partidarios* que oí murmurar como un canto de complicidad y luego salmodiar en la niebla de los Vosgos y en los bosques de Alsacia, mezclado con los balidos de las ovejas de los tabores, cuando las bazucas de Correze avanzaban contra los tanques de Runs-

tedt, lanzados otra vez contra Estrasburgo. ¡Oye hoy, juventud de Francia, lo que fue para nosotros el Canto de la Desgracia! Es la marcha fúnebre de las cenizas que aquí están: al lado de las de Carnot, con los soldados del año II; de las de Víctor Hugo, con los Miserables; de las de Jaures, veladas por la Justicia, ¡que reposen con su largo cortejo de sombras desfiguradas!

Hoy, juventud, ojalá puedas pensar en este hombre como si hubieras acercado tus manos a su pobre cara informe del último día, a sus labios que no hablaron; ese día era el rostro de Francia.

(Traducción de Max Aub.)

CeDInCI

BERNARDO GINER DE LOS RÍOS

EL PARDO, EL ASILO  
Y TIO ALBERTO.  
LOS GAMOS DEL  
MONTE.

CeDInCI

<sup>1</sup> De un libro en preparación: *Historia de una familia y una época*. 1ª parte: ¡Infancia, juventud... paz! (fragmento del Capítulo "Recuerdos de niñez").

CeDInCI

¡No sé exactamente cuántos años tendría, pero sí que era la primera vez que dormía fuera de casa...! Mi primera salida fue para ir a El Pardo, a dormir en casa de mis tíos Alberto Giner y Tomasa Pantoja, con mi primo Pepe. ¿Cuatro, cinco años...? No lo sé. Sí me acuerdo que tanto mi primo como yo estábamos muy azarados. Entonces, como en muchos años, no salía apenas del monte de El Pardo y por ello casi no nos conocíamos, cuando fui *invitado* a pasar allí unos días. En el jardín de delante del Asilo estuvimos horas y horas sin hablarnos haciendo unas tortas con barro sobre el brocal de un pozo, o poyete de un estanque, ayudados por la niña del jardinero que, muda como nosotros, jugaba a lo mismo. Luego ya subimos a comer, fuimos atendidos por mis tíos, salimos de paseo por el monte y se rompió aquella friedad del primer encuentro... Muchas veces, de hombres, hemos recordado los dos estos remotos días.

Mi tío Alberto fue durante muchísimos años Médico-Director de los Asilos de El Pardo y allí, en aquel caserón inmenso, tenía su casa, hermosa, espaciosa y puesta con un gusto exquisito, dentro de una gran modestia. Aquel salón, con ventanas sobre la fachada y el jardín, y el comedor, comunicado con él, también con igual vista, mas las habitaciones de mis tíos, son estampas de mi niñez



que no olvido. En aquellas tardes, al amor de la lumbre, siempre encendida, no sólo en invierno, sino en otoño y primavera, por las noches, es donde yo he gozado años enteros, domingo a domingo, de aquel carácter admirable, dulce y al mismo tiempo entero, de mi tío, siempre con su sonrisa llena de comprensión, con aquella cara fina, de ojillos brillantes y pícaros, siempre respetuoso con el libre albedrío de nosotros, chicos entonces! . . . Cuando he sido hombre y he llegado a los brazos, siempre amorosos, de tío Alberto he comprendido el gran bien que aquel hombre, todo sencillez, de enorme valor humano, me ha hecho. Estaba, sabía estar, más a la altura nuestra que el propio don Francisco y que el señor Cossío. Claro es que no pesaba sobre él la abrumadora responsabilidad pedagógica y, algo escéptico, tanto de su medicina — en la que no creía — como de la pedagogía, se sonreía y dejaba que el tiempo y la vida . . . ¡hiciera lo demás! Admirable caso de hombre austero que todo lo espera del ejemplo y que sabe perdonar y aguardar, sin impacencias y sin demasiadas intransigencias! . . .

Al lado, pues, de este hombre, en aquel ambiente apacible y refinado, se desarrollan escenas de mi niñez. Aparte de esta escapada primera, luego, con todo motivo, siendo aún niño, me plantaba en El Pardo a tomar con mis tíos una rica taza de té. Creo que mi afición al té arranca de éstos mis años de niñez en que, después de andar por el monte, caía una hora o poco más, antes de tomar el tranvía (“la maquinilla”, como llamábamos a aquel tren-tranvía de vía estrecha), para volver de noche a cenar a Madrid.

Siempre que podía no me perdía el paseo que todas las tardes daba él, acompañado de mi tía Tomasa, por el monte. Si no salía con ellos, me hacía el encontradizo. Aquella cara de alegría suya al divisarme, sabiéndome tan amante como él de ese monte maravilloso, que me enseñaba

ron a amar tanto él como don Francisco, y bajo cuyas encinas, en horas plácidas, sin prisas, en muda contemplación, he oído decir cosas admirables a mi tío Paco, que no olvidaré nunca . . . sentado, acurrucado más bien en el suelo, como está en ese maravilloso retrato, en el que parece un monje franciscano, comiendo su pedazo de queso, con la pulcritud y el arte que ponía en toda acción . . .

Entre mis primeras impresiones de luz y de color, de belleza, está la del monte de El Pardo, y en él, aquellas enormes manadas de gamos que, al ruido de mis pasos, se levantaban para correr por aquellas suavidades de terreno, ágiles, sin tocar apenas el suelo, asustadizos hasta el suicidio . . . ! Muchas veces, de niño, me he arrastrado por el suelo hasta ganar una loma, tras la cual yo sabía que se encontraba alguna manada, para luego, extasiado, verlos correr despavoridos hasta que, muy lejos, parados en seco, sobre el polvo que aquel escuadrón levantaba, volver todos, al mismo tiempo, la cabeza, todas las orejas enhiestas, todos los ojos desmesuradamente abiertos, todos los amarillos vientres anhelantes, en algo de friso clásico que yo no sabía entonces apreciar, pero que me llenaba de encantamiento. Más de una vez me he reprochado, por el placer de verlos despeñarse por una ladera, como una oleada, haber llegado a ellos sigiloso, y prorrumpir en un grito después . . .

Cuando en aquellas charlas inolvidables del señor Cossío, a los mayores de mi clase (que entonces tendríamos 14 o 16 años), nos hablaba, entornando él los ojos, ante los paisajes de Velázquez, señalándonos aquellas tonalidades inconfundibles, aquellos matices finísimos, comprendía yo perfectamente su amor, como el mío, por el monte de El Pardo. He comenzado a amar y a apreciar la belleza del campo en este monte admirable. Las puestas de sol, desde los altos de la Torre de la Parada, teniendo a los

pies las suavidades de los llanos que llegan hasta el Palacio; y las encinas, a aquella hora, proyectando su sombra alargada sobre estas suavidades, no se me han borrado nunca. Pocas veces, como no fuera con mis maestros, he tenido a mi lado a alguien a quien comunicar mi emoción. He gustado de la soledad; me han perturbado los comentarios de los que me rodeaban, por atinados que fueran; he encontrado siempre una desproporción, por defecto o por exceso, entre lo que yo veía y el comentarista. Soporté, encantado, el comentario de don Manuel o de tío Paco, porque ellos me abrían los ojos, pero... cuando los tuve abiertos de par en par... me ha gustado siempre la contemplación de estas cosas hermosas a solas! ¿Era mi famosa timidez, por no atreverme a decir lo que veía y lo que pensaba? ¿Era exceso de respeto para aquel paisaje solemne, entre bravío y suave, siempre variante y distinto, en el que todo comentario me parecía una profanación?... No lo sé. Si sé que preferí siempre el monte de El Pardo en su soledad conmigo y que él me ha hecho decir cosas que hoy no sería capaz de decir, en aquellos años de mi juventud en que sentía la necesidad de escribir...!

París, 1947.

## I N D I C E

CeDInCI

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

*Dos retratos, 5*

PEDRO BOSCH-GIMPERA

*Don Francisco Giner de los Ríos, 11*

PÍO BAROJA; J. R. JIMÉNEZ; PEDRO ENRÍQUEZ UREÑA;

GENARO ESTRADA

*Cartas a Ermilo Abreu Gómez, 19*

RAFAEL MARTÍNEZ NADAL

*Don Miguel de Unamuno, 37*

ESTEBAN SALAZAR CHAPELA

*Mi tipo, 53*

JULIO TORRI

*Varia, 63*

RAFAEL ALBERTI

*Sonetos romanos, 71*

ANDRE MALRAUX

*En el traslado de las cenizas de  
Jean Moulin al Panteón, el 19 de  
diciembre de 1964, 81*

BERNARDO GINER DE LOS RÍOS

*El Pardo, el Asilo y tío Alberto. Los  
gamos del monte, 91*

SE ACABO DE IMPRIMIR *LOS SESENTA*  
EL DIA 20 DE JULIO DE 1965, EN LOS  
TALLERES DE UNION GRAFICA, S. A.,  
AV. DIVISION DEL NORTE, 1521, ME-  
XICO 13, D. F. LA EDICION CONSTA  
DE 1,000 EJEMPLARES.

EJEMPLAR

790

CUATRO NUMEROS  
AL AÑO

*Precio por ejemplar:*

México ..... \$ 20.00

Otros países de América  
y España ..... Dls. 1.80

Europa y otros Continen-  
tes ..... Dls. 2.15

*Suscripción anual (cuatro números):*

México ..... \$ 65.00

Otros países de América  
y España ..... Dls. 6.00

Europa y otros Continen-  
tes ..... Dls. 7.50

*Distribuidor exclusivo para  
España:*

EDICIONES JOSÉ PORRÚA  
TURANZAS

Bravo Murillo, 60

MADRID 3 (España)

EDICION DE MIL EJEMPLARES  
QUE NO SERAN REEDITADOS

CeDInCl